NO HAY BURLAS CON EL AMOR
Pedro Calderón de la Barca

Personas que hablan en ella:

- **Don ALONSO de Luna, galán**
- **Don JUAN de Mendoza, galán**
- **MOSCATEL, gracioso**
- **Don LUIS, galán**
- **Don DIEGO, galán**
- **Don PEDRO Enríquez, viejo y padre de las dos damas**
- **Doña BEATRIZ, dama**
- **Doña LEONOR, dama**
- **INÉS, criada**

ACTO PRIMERO

Salen Don ALONSO de Luna y MOSCATEL muy triste

ALONSO: ¡Válgate el diablo! ¿Qué tienes,
que andas todos estos días
con mil necias fantasías?
Ni a tiempo a servirme vienes,
ni a propósito respondes;
y, por errarlo dos veces,
si no te llamo, pareces,
y si te llamo, te escondes.
¿Qué es esto? Dilo.
MOSCATEL: ¡Ay de mí!
Suspiros que el alma debe.
ALONSO: Pues ¿un pícaro se atreve
a suspirar hoy así?
MOSCATEL: Los pícaros ¿no tenemos
alma?
ALONSO: Sí, para sentir,
y con rudeza decir
de su pena los extremos;
mas no para suspirar;
que suspirar es acción
digna de noble pasión.
MOSCATEL: Y ¿quién me puede quitar
la noble pasión a mí?
ALONSO: ¡Qué locuras!
MOSCATEL: ¿Hay, señor,
más noble pasión que amor?
ALONSO: Pudiera decir que sí;
mas, para ahorrar la cuestión
que "no" digo.
MOSCATEL: ¿Que no? Luego,
si yo a tener amor llego,
noble será mi pasión.
ALONSO: ¿Tú, amor?
MOSCATEL: Yo amor.
ALONSO: Bien podía,
si aquí tu locura empieza,
reírme hoy de tu tristeza
más que ayer de tu alegría.
MOSCATEL: Como tú nunca has sabido
qué es estar enamorado;
como siempre has estimado
la libertad que has tenido,
tanto, que en los dulces nombres
de amor fueron tus placeres

burlarte de las mujeres
y reírte de los hombres;
como jamás a ninguna
quisiste, y más te acomodas
a engañar, señor, a todas
que hacer elección de una;
como eres (en el abismo
de amor jugando a dos manos,
potente rey de romanos)
mal vencedor de ti mismo,
de mí te ríes, que estoy
de veras enamorado.

ALONSO: Pues yo no quiero crïado
tan afectüoso. Hoy
de casa te has de ir.

MOSCATEL: Advierte...

ALONSO: No hay para qué advertir.

MOSCATEL: Mira...

ALONSO: ¿Qué querrás decir?

MOSCATEL: Que se ha trocado la suerte
al paso, pues siempre dio
el teatro enamorado
el amo, libre el crïado.
No tengo la culpa yo
de esta mudanza, y así
deja que hoy el mundo vea
esta novedad, y sea
yo el galán, tú el libre.

ALONSO: Aquí
hoy no has de quedar.

MOSCATEL: ¿Tan presto,
que aun de buscar no me das
otro amo tiempo?

ALONSO: No hay más
de irte al instante.

Sale don JUAN

JUAN: ¿Que es esto?

MOSCATEL: Es pagarme mi señor
el tiempo que le he servido
con haberme despedido.

JUAN: ¿Con Moscatel tal rigor?

ALONSO: Es un pícaro, y ha hecho
la mayor bellaquería,
bajeza y alevosía
que cupo en humano pecho,
la más enorme traición
que haber pudo imaginado.

JUAN: ¿Qué ha sido?

ALONSO: ¡Hase enamorado!
Mirad si tengo razón
de darle tan bajo nombre,
pues no hace alevosía,
traición ni bellaquería,
como enamorarse un hombre.

JUAN: Antes pienso que por eso
le debierais estimar,
que diz que es dicha alcanzar,
y yo por tal lo confieso.
¿Crïados enamorados?
Un hombre que se servía
de dos mozos, y los veía
necios y desaliñados,
nada en su enmienda buscaba
como es decirlos a ratos:
"¡Enamoraos, mentecatos!"
que estándolo, imaginaba
que cuerdos fuesen después,
y aliñados; y, en efecto,
¿qué acción, qué pasión, qué
afecto,
decid, si no es amor, es
el que al hombre da valor,
el que le hace liberal,
cuerdo y galán?
ALONSO: ¡Pesia tal!
De los milagros de amor
la comedia me habéis hecho,
que fue un engaño culpable,
pues nadie hizo miserable,
de avaro y cobarde pecho
al hombre, si no es amor.
JUAN: ¿Qué es lo que decís?
ALONSO: Oíd,
y este discurso advertid;
veréis cuál prueba mejor.
El hombre que enamorado
está, todo cuanto adquiere
para su dama lo quiere,
sin que a amigo ni a crïado
acuda, por acudir
a su gusto; luego es
miserable amando, pues
no es, ni se puede decir
virtud, lo que no es igual,
y miserable no ha habido
mayor, que el que sólo ha sido
con su gusto liberal.
Que hace osados es error,
pues nadie contra su fama
entra en casa de su dama
que no entre con temor.
¡Cuántos cobardes han sido
de miedo de no perdellas;
cuántos, mirando por ellas,
mil desaires han sufrido!
Luego, si gusto u honor
hacen sufrir y callar,
nadie me podrá negar
que hace cobardes amor.
Pues si privan los sentidos
los favores o desprecios,

bien claro está que hace necios,
puesto que hace divertidos;
   pues que si se llega a ver
o desdeñado o celoso
el hombre más cuidadoso
de lucir y parecer,
   desde aquel punto se deja
descaecer, sin acudir
al parecer y al lucir,
y sólo aliña su queja.
   Luego amor en sus cuidados
hace, con causas mudables,
cobardes y miserables,
necios y desaliñados.
   Y en fin, sea así o no sea así,
no quiero mozo que ama
y que, por servir su dama,
deje de servirme a mí.

JUAN: A vuestra sofistería
nada quiero responder,
don Alonso, por no hacer
agravio a la pena mía
   del amor; y si en su historia
discurro, temo quedar
vencido, y no quiero dar
yo contra mí la victoria.
   A buscaros he venido
para consultar con vos
un pesar; mas viendo, ¡ay Dios!,
que de mi amor ha nacido,
   le callaré, porque quien
da a un crïado tal castigo,
mal escuchará a un amigo.

ALONSO: No escuchará sino bien;
   que no es todo uno, don Juan,
ser vos el enamorado,
o el bergante de un crïado;
que vos sois noble, galán,
   rico discreto y, en fin,
vuestro es amar y querer;
mas ¿por qué ha de encarecer
el amor la gente ruín,
   y a quién no da enojo y risa
que haya en el mundo (¡qué errores!)
quien diga con hambre amores,
y requiebre sin camisa?
   Y porque sepáis de mí
que trato de un mismo modo
burlas y veras, a todo
me tenéis, don Juan, aquí.
   Salte allá fuera.

JUAN: Dejad
que me escuche Moscatel,
porque a vos os busco y a él.

ALONSO: Pues, proseguid.

JUAN: Escuchad:

Ya, don Alonso, sabéis
cuán rendido prisionero
de la coyunda de amor,
el carro tiré de Venus,
tan fácil victoria suya
que no sé cuál fue primero,
querer vencer o vencerme,
que un tiempo sobró a otro tiempo.
Ya sabéis que la disculpa
de tan noble rendimiento
fue la beldad soberana,
fue el soberano sujeto
de doña Leonor Enríquez,
hija del noble don Pedro
Enríquez, de quien mi padre
amigo fue muy estrecho.
Este, pues, milagro hermoso,
este, pues, prodigio bello
es la dicha que conquisto,
es la gloria que deseo.
No os digo que venturoso
amante, ¡ay de mí!, merezco
favores suyos, que fuera
descortés atrevimiento
que los merezco decir;
que aunque es verdad que los tengo,
tenerlos es una cosa,
y otra cosa merecerlos.
Y así, que los tengo, digo;
que los merezco, no puedo;
que es conseguir lo imposible
dicha, y no merecimiento.
Con este engaño, llevado
en las alas del deseo,
lisonjeado de la noche,
aplaudido del silencio,
festejado de las sombras,
a quien más favores debo
que al sol, que a luz, que al día,
vivo de saber que muero,
hasta que más declarado
pueda a rostro descubierto
pedirla a su noble padre,
de quien no dudo ni temo
que me la dé, porque iguales
haciendas y nacimientos,
no hay que esperar, donde amor
tiene hechos los conciertos.
La causa de no pedirla
y casarme desde luego
con ella, es (aquí entra agora
la pensión de este contento,
el subsidio de esta dicha,
y el azar de aqueste encuentro)
tener Leonor una hermana
mayor, y como no es cuerdo
discurso querer que case

a la segunda primero,
no me declaro con él,
porque si a pedirle llego
alguna de sus dos hijas
(que claro está que no tengo
de decir a la que adoro),
por ser la mayor, es cierto
que me ha de dar a Beatriz;
y si digo que no quiero
sino a Leonor, es hacer
sospechoso mi deseo,
despertando la malicia
que hoy yace en profundo sueño,
y quizá perder la entrada
que agora en su casa tengo,
si no es ya que está perdida
con el más triste suceso
de amor, que me pasó anoche,
pues la pena con que vengo
buscándoos... Oídme, que aquí
os he menester atento.
Beatriz, de Leonor hermana,
es el más raro sujeto
que vio Madrid, porque en él,
siendo bellísima, y siendo
entendida, están echados
a perder, por los extremos
de una extraña condición,
belleza y entendimiento.
Es doña Beatriz tan vana
de su persona, que creo
que en su vida a ningún hombre
miró a la cara, teniendo
por cierto que allí no hay más
que verle ella y caerse muerto;
de su ingenio es tan amante
que, por galantear su ingenio,
estudió latinidad
e hizo en castellano versos;
tan afectada en vestirse
que en todos los usos nuevos
entra, y de ninguno sale.
Cada día por lo menos
se riza dos o tres veces,
y ninguna a su contento.
Los melindres de Belisa,
que fingió con tanto acierto
Lope de Vega, con ella
son melindres muy pequeños;
y con ser tan enfadosa
en estas cosas, no es esto
lo peor, sino es hablar
con tan estudiado afecto
que critica impertinente
varios poetas leyendo;
no habla palabra jamás
sin frase y sin rodeos;

tanto que ninguno puede
entenderla sin comento.
La lisonja y el aplauso
que la dan algunos necios,
tan soberbia, tan ufana
la tienen que, en un desprecio
de la deidad del amor,
comunera es de su imperio.
Este tema a todas horas,
este enfado a todos tiempos
aborrecible la hacen
tanto, que no hay dos opuestos
tan contrarios como son
las dos hermanas, haciendo
por instantes el estrado
la campaña de su duelo.
Ha dado, pues (yo no sé
si es necia envidia o si celo),
en asistir a Leonor,
de suerte que no hay momento
que no ande al alcance suyo,
sus acciones inquiriendo
tanto que al sol de sus ojos
es la sombra de su cuerpo.
Anoche, pues, en su calle
entré embozado y secreto,
y, haciendo al balcón la seña
donde hablar con Leonor suelo,
la ventana abrió Leonor,
y yo a la ocasión atento
llegué a hablarla; pero apenas
la voz explicó el concepto
que estudiado y no sabido
no me cabía en el pecho,
cuando tras ella Beatriz
salió, y con notable estruendo
la quitó de la ventana,
dos mil locuras diciendo,
que si yo entendí el estilo
con que las dijo, sospecho
que fueron que ella a su padre
diría el atrevimiento.
No sé si me conoció,
y así cuidadoso temo
el saber o no saber
en qué ha parado el suceso,
por cuya causa no voy
a visitarle, temiendo
su enojo; pero tampoco
a dejar de ir me resuelvo,
porque si acaso ha llegado
a su noticia mi intento,
la vida del dueño mío
no dudo que corra riesgo.
Y así, porque en irme o estarme
hay peligro, elijo un medio,
que es enviar este papel

disimulado y secreto,
que aun no va de letra mía,
para cuyo efecto quiero
a Moscatel que le lleve,
valiéndose de su ingenio,
y se la dé a Inés, crïada
de Leonor, porque no siendo
conocido por crïado
mío, no hay que tener miedo.
Y así que le deis licencia,
don Alonso, es lo que os ruego,
y que conmigo en la calle
os halléis, porque si llego
a saber que está Leonor
en peligro, estoy resuelto
a sacarla de su casa
aunque todo el mundo entero
lo estorbe; y para esta acción
he elegido el valor vuestro.
Mi amigo sois, don Alonso,
y bien conocido tengo
que las burlas del buen gusto
son las veras del acero.
No como amante os obligo,
no como amigo os pretendo;
como caballero, sí,
pues basta ser caballero
para que a un hombre valgáis
que está a vuestras plantas puesto.

ALONSO: Moscatel, ese papel
toma; en casa de don Pedro
Enríquez, con la invención
que te ofreciere tu ingenio,
entra, y dale a esa crïada
que ha dicho don Juan.
JUAN: ¿Tan presto
lo dispones?
ALONSO: Si ha de ser,
¿cuánto es mejor que sea luego?
Toma el papel; con nosotros
ven.
MOSCATEL: (Aunque aquí temer puedo **Aparte**
el peligro, pues Inés
--que es de mis sentidos dueño--
es la que voy a buscar,
amor me dé atrevimiento.
ALONSO: Guiad agora hacia la calle.
JUAN: (¡Qué amigo tan verdadero!) **Aparte**
ALONSO: (¡Qué amores tan enfadosos!) **Aparte**
"Sí me oyeron, no me oyeron."
¡Bien haya yo, que en mi vida
he enamorado con riesgo,

sino dama a todo trance,
sino moza a todo ruedo,
que a la primera visita
llamo recio y hablo recio!
Y el haber en mí o no haber
o temor o atrevimiento
no consiste en más razón
que haber o no haber dinero.

Vanse por una puerta y salen por otra

JUAN: Ésta es la calle. Porque
no nos vean, estaremos
en algún portal mejor.

Salen don LUIS y don DIEGO, y pasan quitándose los sombreros

ALONSO: Decís bien; mas ¿quién son éstos
que parece que la casa
de Leonor miran atentos?
JUAN: Éste es un don Luis Osorio,
a quien muy continuo veo
en la calle aquestos días,
y ha dado, ¡viven los cielos!,
en cansarme.
ALONSO: Pues ¿hay más
de que también le cansemos
nosotros a él?
JUAN: Dejadle,
que no es de estas cosas tiempo.
Pasemos de largo, y no
demos qué decir.
ALONSO: Pasemos,
aunque con tantas figuras
pueda ser hombre.

Vanse don LUIS y don DIEGO

JUAN: **[a MOSCATEL]** Tú luego
darás la vuelta, y darás
el papel a Inés.
MOSCATEL: Me temo...
JUAN: No hay qué temer, que aquí estamos
a la vista. Éntrate presto.

**Vanse don JUAN, MOSCATEL, y don ALONSO, y salen don LUIS y don DIEGO por
la otra puerta, mirando a las ventanas**

LUIS: Ésta es la capaz esfera,
éste el abreviado cielo
de la más bella deidad

y del planeta más bello
que vio el sol desde que nace
en joven golfo de fuego
hasta que abrasado muere
en cana hoguera de hielo;
y con ser tal su hermosura,
en ella ha sido lo menos,
porque pudiera ser fea
en fe de su entendimiento.

DIEGO: Y en fin, ¿mujer tan discreta
servís para casamiento?

LUIS: Por conveniencia y amor
la sirvo y la galanteo,
para cuyo efecto ya
han de tratarlo mis deudos.

DIEGO: Pues no sé si lo acertáis.

LUIS: ¿Por qué no, si en ella veo
virtud, hacienda y nobleza,
gran beldad y gran ingenio?

DIEGO: Porque el ingenio la sobra;
que yo no quisiera, es cierto,
que supiera más que yo
mi mujer, sino antes menos.

LUIS: Pues ¿cuándo el saber es malo?

DIEGO: Cuando fue el saber sin tiempo.
Sepa una mujer hilar,
coser y echar un remiendo,
que no ha menester saber
gramática, ni hacer versos.

LUIS: No es ejercicio culpable
donde es tan noble el exceso
que no tiene inconveniente.

DIEGO: Ni yo que le tenga pienso,
pues antes sé lo contrario
del rigor y del desprecio
con que os trata.

LUIS: Ese desdén
adoro. La vuelta demos
a la calle; no otra vez
pasen esos caballeros
que ya miro con cuidado.

DIEGO: Vamos, pues.

LUIS: ¡Hermoso centro
de la ingratitud que adoro!
Presto a tus umbrales vuelvo,
porque el galán que en la calle
de su dama a todos tiempos
no vive, violento vive,
bien como vive violento
el pez fuera de las ondas,
el ave fuera del viento,
fuera de la tierra el bruto,
el rayo fuera del fuego,
la flor fuera de la rama,
la voz, fuera del aliento,
fuera del alma la vida,
y el alma fuera del cielo.

Vanse, y salen LEONOR e INÉS, criada

LEONOR: ¿Está mi hermana vestida?
INÉS: Tocándose ahora quedó,
y por no pudrirme yo
de ver cuán desvanecida
pide uno y otro consejo,
a su espejo la dejé.
LEONOR: ¡Qué necio con ella fue,
a todas horas, su espejo!
INÉS: ¿Cómo necio?
LEONOR: ¿No lo es
quien a gusto en un pesar
no sabe un consejo dar
a quien se le pide, Inés?
Pues si Beatriz le ha pedido
mil consejos cada día,
y a tan continua porfía
nunca a gusto ha respondido,
muy necio es.
INÉS: Ahora reparo
la causa.
LEONOR: ¿Cuál puede ser?
INÉS: No se deben de entender,
porque ella habla culto, él claro;
y así se están todo el día
porfiando los dos.
LEONOR: ¡Quién fuera
tan feliz que no tuviera
más cuidado! ¡Ay, Inés mía,
con cuánto temor estoy
de que aquestas melindrosa,
esta crítica enfadosa,
a mi padre cuente hoy
lo que anoche me escuchó
al balcón hablar!
INÉS: Supuesto
que haber salido hoy tan presto
mi señor de casa, dio
lugar para prevenir
el lance, y que no ha tenido
tiempo de haberlo sabido,
procuremos desmentir
su malicia con alguna
invención.
LEONOR: Ya he imaginado
y digo que no he hallado
a propósito ninguna,
porque ¿cómo la he de hallar,
si ella misma quién vio, fue,
a don Juan?
INÉS: Lo que se ve
es lo que se ha de negar,
con brío y con desenfado,
procurando deshacerlo;

lo que no llegan a verlo,
señor, se está negado.
LEONOR: El medio ¡ay de mí! mejor
que me ofrece el pensamiento
es, Inés, con rendimiento,
dueño hacerla de mi amor,
de mi empleo y mi esperanza,
pues es hacer en efeto
puerta de hierro a un secreto
el hacer de él confïanza.
INÉS: Y eso es lo que sucedió
a un galán que enamoraba
una dama donde estaba
un clérigo que los vio.
El clérigo no tenía
en materia del callar
buena fama en el lugar
y viendo el riesgo que había
de que a todos lo dijese,
haciendo del ladrón fiel,
se fue a confesar con él
porque hablarlo no pudiese.
LEONOR: Eso mismo intento yo.
INÉS: Sí, pero esta santa liga
a los clérigos obliga
pero a las clérigas, no.
LEONOR: Pues, ¿qué he de hacer, ¡ay de mí!
Inés, si esta industria sola
es la que me queda?

Sale BEATRIZ con un espejo, mirándose en él

BEATRIZ: ¡Hola!
¿No hay una fámula aquí?
INÉS: ¿Qué es lo que mandas?
BEATRIZ: Que abstraigas
de mi diestra liberal
este hechizo de cristal
y las quirotecas traigas.
INÉS: ¿Qué son quirotecas?
BEATRIZ: ¿Qué?
Los guantes. ¡Que haya de hablar
por fuerza en frase vulgar!
INÉS: Para otra vez lo sabré.
Ya están aquí.
BEATRIZ: ¡Cuánto lidio
con la ignorancia que hay!
¡Hola Inés!
INÉS: ¿Señora?
BEATRIZ: Tray
de mi biblioteca a Ovidio,
no el Metamorfosis, no,
ni el Arte amandi, pedí,
el Remedio amoris, sí,
que ése le investigo yo.
INÉS: Pues ¿cómo he de conocer

libro, si es que eso has pedido,
si aun el cartel no he sabido
de una comedia leer?

BEATRIZ: Oscura, idiota y lega,
¿no te medra cada día
la concomitancia mía?

LEONOR: (Agora mi papel llega). Aparte
Hermana...

BEATRIZ: ¿Quién me habla así?

LEONOR: Quien a tus pies obediente
viene a arrojarse.

BEATRIZ: Deténte;
no te apropincues a mí,
que empañarás el candor
de mi castísimo bulto,
y profanarás el culto
de las aras de mi honor;
porque mujer que fïó
del caos de la sombra fría
y, en descrédito del día,
nocturno amor aceptó,
no mirar consiga atento
mi semblante a voz profana,
pues víbora será humana
que con su, inficione, aliento.

LEONOR: Beatriz discreta y hermosa,
mi hermana eres.

BEATRIZ: Eso no,
que tener no puedo yo
hermana libidinosa.

LEONOR: ¿Qué es libidinosa, hermana?

BEATRIZ: Una hermana que al farol
trémulo, virrey del sol,
osa abrir una ventana,
y, susurrando por ella
a voz media y labio entero,
da qué decir a un lucero,
da qué callar a una estrella.
Pero yo minoraré
el escándalo que has hecho,
diciendo al paterno pecho
sacrilegios de tu fe.
Un devoto anoche vi...

LEONOR: ¿Y conocístele?

BEATRIZ: No,
ni pudo ser, porque yo,
¿Qué másculo conocí?

LEONOR: Pues yo te quiero decir
quién era, y con el intento
que me habló.

BEATRIZ: ¡Qué atrevimiento!
¿Tal insulto había de oír?

LEONOR: Pues aunque oírlo no quieras,
lo has de oír, porque también
no está a mi decoro bien
que tú con locas quimeras
te persuadas a que ha sido

liviandad lo que honor fue.
BEATRIZ: ¿Honor?
LEONOR: Oye.
BEATRIZ: No daré
direto a tu voz mi oído.
LEONOR: Pues direto o no direto,
todo has de escucharlo ya.
BEATRIZ: Oído por fuera, será
clandestino tu secreto,
y no puedo error tan mucho
cometer.
LEONOR: Si hablando estoy...
BEATRIZ: Aspid al conjuro soy;
no lo escucho, no lo escucho.

Vase BEATRIZ

LEONOR: ¡Oye!... Mas ¿quién ahí ha entrado?
INÉS: A mi señor buscar.
LEONOR: Mira quién es, mientras va
mi desdicha y mi cuidado
siguiendo una fiera.

Vase LEONOR y sale MOSCATEL

MOSCATEL: (Amor, **Aparte**
¡qué cobarde eres conmigo,
pues aun no valen contigo
las leyes de embajador!)
INÉS: ¿Es posible que has tenido,
Moscatel, atrevimiento
de entrar hasta este aposento?
MOSCATEL: Sin saber qué me ha movido
a haber entrado hasta aquí,
rigor es anticipado...
INÉS: Pues ¿no basta haber entrado?
MOSCATEL: Sí y no.
INÉS: Pues ¿cómo no y sí?
MOSCATEL: No, pues no sabes a qué;
sí, pues enojada estás;
no, pues presto lo sabrás;
sí, pues tarde lo diré;
y aunque pude haber venido
de tu hermosura llamado,
traído de mi cuidado
y del tuyo distraído,
a darte aqueste papel
vengo, que don Juan me envía,
ya que a mi cuidado fía
lo que a Leonor dice en él;
que por no ser conocido
por crïado suyo yo,
con el papel me envió
si ya la causa no ha sido
conocer de mi dolor,
saber de mi mal severo,

que de amor no es buen tercero
el que no sabe de amor.

INÉS: Pues di que el papel me diste
y que a Leonor le daré;
y vete presto, porque
temerosa, ¡ay de mí triste!,
de que Beatriz...

MOSCATEL: Yo me iré;
que aunque adoro tu presencia,
las leyes de tu obediencia
tan constante observaré
que a precio de su rigor
compraré el desprecio mío,
y a costa de tu desvío
mereceré tu favor.

INÉS: Bien pudiera responderte
que tan ingrata no he sido
como te habré parecido;
pero tiéneme de suerte
el temor de verte aquí
que dejo para después
la respuesta. Vete pues,
que tiempo... Mas ¡ay de mí!,
mi señor por la escalera
sube. Aquí no me ha de hallar,
viéndote conmigo hablar.

Vase corriendo INÉS, y sale don PEDRO, viejo

MOSCATEL: Oye, aguarda, escucha, espera.

PEDRO: ¿Quién ha de esperar y oír?
¿Quién aguardar y escuchar?

MOSCATEL: Quien me tuviere que hablar
o yo tenga que decir.

PEDRO: ¿Qué hacéis aquí?

MOSCATEL: ¿Qué he de hacer?
¿Ya vos no lo estáis mirando?

PEDRO: ¿Qué no habláis?

MOSCATEL: Estoy pensando
lo que os he de responder.

PEDRO: ¿Qué buscáis?

MOSCATEL: ¡Que aquesto pase!
A quien sea mi homicida.

PEDRO: ¿Por qué?

MOSCATEL: Porque yo en mi vida
hallé cosa que buscase.

PEDRO: ¿Quién sois?

MOSCATEL: Habéis preguntado
en propios términos hoy.
Un crïado honrado soy,
si hay un honrado crïado.

PEDRO: ¿A quién servís?

MOSCATEL: No serví,
aunque crïado me llamo.

PEDRO: ¿Cómo no?

MOSCATEL: Como mi amo

es el que me sirve a mí.
PEDRO: Ya es mucha bellaquería
hablarme de esa manera,
y ya más plazo no espera
la justa cólera mía.
MOSCATEL: (Malo va esto, ¡vive Dios! **Aparte**
Si me da con algo aquí,
¡miren qué se me da a mí
que en la calle estén los dos!)
PEDRO: Quién sois me habéis de decir,
qué queréis y qué buscáis,
y a qué en esta casa entráis,
o en ella habéis de morir
a mis manos.
MOSCATEL: Si firmado
habéis la sentencia ciego
con "ejecútese luego,"
yo soy Moscatel, crïado
de un don Alonso de Luna.

Salen al paño don JUAN y don ALONSO

JUAN: Pues está allí Moscatel,
y vimos entrar tras él
a don Pedro, mi fortuna
no espera más.
ALONSO: Yo dispuesto
a cuanto suceda estoy.
A tomar la puerta voy.
PEDRO: Proseguid.

Llega don JUAN

JUAN: Señor, ¿qué es esto?
MOSCATEL: Eso sí.
PEDRO: (Forzoso es ya **Aparte**
reportarme). Este hombre hallé
aquí. Qué busca, no sé.
JUAN: ¿No? Pues él nos lo dirá,
o a aqueste acero rendido
morirá.
MOSCATEL: ¡Bueno!

[a MOSCATEL]

JUAN: (Algo di,
Moscatel, que importa así.
MOSCATEL: (¡Buen socorro me ha venido!) **Aparte**
Un hombre busco, y no hallando
nadie que me respondiera,

de escalera en escalera
me fui poco a poco entrando,
sin ver a quién preguntar;
hasta esta parte llegué,
donde una doncella hallé
(la verdad en su lugar); **Aparte**
pensando que era ladrón,
huyó de mí, y a ella era
el "escucha, aguarda, espera."

JUAN: Bien puede tener razón.

PEDRO: (Aunque no estoy satisfecho **Aparte**
de que me diga verdad,
fuera necia liviandad
de mi espada y de mi pecho
saber don Juan que he tenido
otra sospecha; y así
fingir me conviene aquí
que su disculpa he creído,
porque menos recatado
le pueda después seguir,
saber quién es, y salir
de una vez de este cuidado).
Pues, si venís a buscar
un hombre, ¿por qué os turbó
el verme a mí?

MOSCATEL: Porque yo
soy muy fácil de turbar.

JUAN: Ea, id con Dios.

MOSCATEL: Que a los dos
guarde.

[a MOSCATEL]

JUAN: A don Alonso di
que se quite luego de ahí.

Vase MOSCATEL

PEDRO: Don Juan, luego vuelvo. Adiós.

JUAN: ¿Dónde vais?

PEDRO: Vuelvo a buscar
unas cartas que perdí.

JUAN: No habéis de salir de aquí,
u os tengo de acompañar.

PEDRO: (Algo, sin duda, ha entendido
de mi enojo; fuerza es
deslumbrarle). Venid pues.

JUAN: (Bien hasta aquí ha sucedido,
pues sin sospechar en mí,
asistirle a todo puedo).

Vanse. Salen INÉS, y luego LEONOR

INÉS: Confusa de mirar quedo

lo que ha sucedido aquí.
   Informarse tan severo,
cobrarse tan recatado,
hablar con él tan pesado,
y seguirle tan ligero
   muchos efectos han sido.
No sé qué ha de suceder.

[Entrando LEONOR dice a BEATRIZ dentro]

LEONOR: ¡Válgate Dios por mujer!
¡Qué temeraria has nacido!
INÉS: Señora, ¿qué te ha pasado;
que tan colérica vienes?
LEONOR: Que no me escuchó Beatriz
porque ha estado impertinente,
con más soberbia que nunca,
tan cansada como siempre.
Dice que dirá a mi padre
el suceso.
INÉS: Cuando vienen
los pesares, nunca, ¡ay triste!,
vienen solos, pues de suerte
se eslabonan unos de otros
que, enredándose crüeles,
es víspera del segundo
el primero que sucede.
Aquel hombre que dejaste
aquí, para que supiese
yo quién era, te buscaba
a ti, señora, con este
papel; que don Juan no quiso,
por el riesgo, que viniese
crïado suyo. El papel
me dio apenas, cuando quiere
el cielo que entre tu padre
y que con el hombre encuentre.
Llegó al empeño don Juan,
e hizo que el hombre le diese
no sé qué necias disculpas;
pero aunque quiso prudente
disimular mi señor,
no pudo, y tras él se vuelve.
LEONOR: ¡Qué bien dicen que los males
son, si hay uno, como el fénix,
pues es cuna en que uno nace
la tumba donde otro muere
Dame el papel, porque quiero
al instante responderle
a don Juan en el peligro
que estoy.
INéS: No le guardes, léele,
que quizá advertirá algo
que en tu cuidado aproveche.
LEONOR: Dices bien; abrirle quiero,
que nada en esto se pierde.

Lee

"¡Qué mal podré hermoso dueño,
decirte ni encarecerte...!"
INÉS: Tu hermana viene.
LEONOR: ¡Ay de mí!

Sale BEATRIZ

BEATRIZ: ¿Qué misivo idioma es éste
que ajado ocultas?
LEONOR: ¿Yo?
BEATRIZ: Sí.
LEONOR: No entiendo lo que me quieres
decir.
BEATRIZ: Con vulgar disculpa
me has obstinado dos veces.
Ese manchado papel
en quien cifró líneas breves
cálamo ansarino, dando
cornerino vaso débil
el etíope licor,
ver tengo.
LEONOR: En vano pretendes
ver el papel, porque fuera
también ser necia dos veces
no querer saber de mí
cuando de oírme te ofendes
lo que yo quiero decir,
y querer saber aleve
lo que pretendo callarte.
BEATRIZ: Mi fraternidad no atiende
a tu lengua, sí a tu acción,
porque aquélla mentir puede
y ésta ha de decir verdad;
y así, en la ocasión urgente,
si oír lo que quieres no quiero,
saber sí lo que no quieres.
LEONOR: ¿De qué suerte, si no quiero,
lo has de saber?
BEATRIZ: De esta suerte.

Ásela el papel y porfían las dos

Suelta la epístola.
INÉS: (No es **Aparte**
sino evangelio).
LEONOR: Aunque intentes
por fuerza verle, tirana,
poco podré o no has de verle.
BEATRIZ: Deja el papel.

Sale don PEDRO y ellas lo rompen y se quedan cada una con su

pedazo

PEDRO: ¿Qué papel
es? ¿Por qué reñís, aleves?
INÉS: (Cayóse la casa, como **Aparte**
dice el fullero que pierde).
PEDRO: Suelta este pedazo tú,
y tú suelta este otro.
LEONOR: (Déme **Aparte**
ingenio, Amor).
BEATRIZ: El que abstraes
fragmento a mi mano débil
te referirá baldones
que tu pundonor padece.
LEONOR: El papel, señor, que miras,
yo no sé lo que contiene;
y pues que Beatriz lo sabe,
¿quién duda que suyo fuese?
Leyéndole estaba cuando
llegué...
BEATRIZ: ¿Yo?
PEDRO: ¡Calla!
LEONOR: Y sin verme,
llegando con tal cuidado
(que me le puso de verle),
quise quitársele, y ella
me le defendió. No pienses
que fue atrevimiento en mí,
que después que sé que tiene
Beatriz quien la escriba, y quien
la hable de noche por ese
balcón, mi virtud me ha dado
disculpas para atreverme,
aunque soy menor hermana,
a tratarla de esta suerte.
INÉS: (De mano gana Leonor **Aparte**
cuando un mismo punto tienen...)
PEDRO: ¡Por cierto, Beatriz!...
BEATRIZ: Ignoro,
atónita, responderte,
que me construyó su acento
estatua de fuego y nieve,
porque cuanto me acumula
delito es suyo **in especie.**
LEONOR: Pues ¿aquí no estaba Inés,
que decir la verdad puede?
BEATRIZ: Pues ¿Inés no estaba aquí
que dirá lo que sucede?
INÉS: Yo soy en fin la presencia
de todo el hecho presente.
PEDRO: (¡Ay de mí!, que combatido **Aparte**
de uno y otro mal tan fuerte,
ambos me están mal, pues ambos
armados contra mí vienen;
que al averiguar (¡ay triste!)
cúya es la culpa evidente,

no es excusarme la pena,
pues cuando a saberla llegue,
tan sitiado mi dolor,
tan acosado mi suerte,
tan cercado mi desdicha
en este lance me tiene,
que habiendo (¡cielo!) que habiendo
de morir precisamente
quién me da muerte sabré,
mas no excusaré la muerte).
Vete tú, Beatriz, de aquí;
y tú, Leonor, de aquí vete.

BEATRIZ: Señor, yo...

PEDRO: Nada digáis.

LEONOR: (Quiera Amor que no confiese **Aparte**
el papel lo que yo niego).

BEATRIZ: Tú, mentil hermana tienes
la culpa de todo.

Vanse LEONOR y BEATRIZ

PEDRO: Inés.

INÉS: (Aquí entro agora). **Aparte**

PEDRO: Deténte.

INÉS: (Honor, con quien vengo, vengo).

PEDRO: Pues sola el testigo eres,
¿quién leía el papel?

INéS: (Yo
ni quito ni pongo leyes,
pero hago lo que debo).

PEDRO: ¿Qué es lo que dudas? ¿Qué temes?

INÉS: (El oficio de críada
es ayudar a quien miente).
Señor, poco antes que tú
llegué yo, sin que pudiese
de la acción, ni de las voces
saber cúyo el papel fuese.
Ésta es la verdad, so cargo
del juramento que tiene
hecho cualquiera crïada
en el pleito que refieres.

PEDRO: (¿Aun este pequeño alivio **Aparte**
del desengaño, no quiere
darme el dolor?) Vete, Inés.

INÉS: (¡Viva a toda ley quien vence!) **Aparte**

Vase INÉS

PEDRO: Que el papel confesará
cuanto tú y ellas me nieguen.
Juntar quiero los pedazos
de esta víbora, esta sierpe,
que dividido el veneno
en dos mitades contiene.

Lee

"¡Qué mal podré, hermoso dueño,
decirte ni encarecerte
el cuidado con que estoy
de que anoche nos oyese
tu hermana! Avisarme al punto
que a tu padre se lo cuente,
para que te ponga en salvo."
A entrambas a dos conviene
el papel, para que sea
hoy mi desdicha más fuerte,
pues si supiera de una
que con liviandad procede,
supiera también de otra
la virtud, y de esta suerte
templado estuviera el daño;
mas para que no se temple,
quiere el cielo que a ninguna
crea, y que en las dos sospeche.
Hallar un crïado aquí,
turbarse (¡ay de mí!) de verme,
llegar don Juan, y dejarle,
salir tras él, y perderle,
volver a casa y hallar
la confusión que me vence,
cosas son que han menester
atenciones más prudentes.
Y así, pues sé que el crïado
es, si su temor no miente,
de don Alonso de Luna,
saber quién es me conviene,
y atender a sus acciones;
y hasta que a mis manos llegue
o desengaño o venganza,
¡valedme, cielos, valedme!

Vase don PEDRO

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salen don JUAN, don ALONSO y MOSCATEL

ALONSO: De buena salimos.
MOSCATEL: Yo
soy el que salí de buena
y entré en mala, pues me vi
ya de la muerte tan cerca.
JUAN: Determinarme yo a entrar,
viendo la ocasión tan cierta,
tras don Pedro, fue tu dicha.
MOSCATEL: Y aun la tuya, pues si dejas
de entrar, confieso de plano.
ALONSO: ¿Eso dices?
MOSCATEL: Y aun lo hiciera
mejor que lo digo.
ALONSO: Mira,
don Juan, si amando hay quien tema.
JUAN: Pues ¿un amante es cobarde?
MOSCATEL: Mucho más, por ver que arriesga
una vida que no es suya,
sino de su hermosa prenda;
y si es deuda de un amante
en su servicio perderla,
ya es de amor estelionato
hipotecarla a otra deuda.
ALONSO: Ya que por don Juan te sufro
esta locura, este tema,
y hemos todo el día tratado
de tus disgustos y penas,
este rato que el pesar
firma, si no paces, treguas,
hablemos de tus amores
otro poco; ya que es fuerza
sufrirlos, hagamos de ellos
entretenimiento. Cuenta,
Moscatel, quién es tu dama,
y en qué estado estás con ella.
MOSCATEL: En qué estado diré;
quién es, no.
ALONSO: Pues ¿qué recelas?
MOSCATEL: Tu condición.
JUAN: ¿No soy yo
seguro?
MOSCATEL: No hay cosa cierta.
ALONSO: Verdad es que yo he tenido
por opinión siempre cuerda
que, para una vez, no hay
mujer mala, ni comedia,
como ni para dos veces
comedia ni mujer buena.
Verdad es que, en mi concepto,
todas, hay por qué quererlas,
y todas, por qué dejarlas;

y esto bien claro lo prueba
el refrán: "no vivirás
ni con ella ni sin ellas."
Verdad es que la casada
por fruta vedada, alegra
bien, como también por fruta
agridulce la doncella.
Y pues que de frutas va,
la viuda a mí me contenta,
por fruta sin hueso, como
me refrena la soltera,
porque, a dos favores, es
la soltera fruta injerta;
la fregona, porque es fruta
más barata, aunque más puerca;
y a las demás del rebusco,
¡lavarlas para comerlas!
Pero aunque esta condición
tras su variedad me lleva,
no por eso a los amigos
falta la correspondencia.

MOSCATEL: Aunque más digas ni hagas
de esta fruta culebresca,
el querubín es mi amor,
que de ti me la defienda.

ALONSO: Pues vaya, ¿en qué estado estás?

MOSCATEL: Que venturoso merezca
alguna esperanza, quiso
mi amor.

ALONSO: ¡Agora te diera
más de dos mil bofetadas
de buena gana! ¿Qué quieras,
don Juan? ¿Que yo sufra un loco
decir cosas como éstas?
¿Qué esperanza ni qué amor
entre quien almohaza y friega?

JUAN: Así se conserva el mundo.

ALONSO: Sí, mas con malas conservas.

Sale INÉS, tapada, con un papel

INÉS: ¿Señor don Juan?

JUAN: ¿Quién me llama?

INÉS: Yo soy.

JUAN: Vengas norabuena,
Inés.

INÉS: Para haberte hallado
he dado en Madrid mil vueltas.

JUAN: ¿Qué ha sucedido, que así
vienes?

MOSCATEL: (Inesilla es ésta; **Aparte**
quiera el cielo que mi amo
no la atisbe ni la vea).

INÉS: A darte aqueste papel
he venido. Adiós.

JUAN: Espera;

le leeré.

Lee don JUAN, y entretanto se pone MOSCATEL en medio de don ALONSO e INÉS

ALONSO: (No tiene, a fe, **Aparte**
mala cara la mozuela).
MOSCATEL: ¡Vióla! No daré un ochavo
por mi honra toda entera.
ALONSO: Oye, Moscatel.
MOSCATEL: ¿Señor?
ALONSO: Si como esta moza fuera
la tuya, te disculpara,
si hay disculpa que amor tenga.
MOSCATEL: (Celos, vamos poco a poco; **Aparte**
no matéis con tanta priesa).
¿Ésta te parece bien?
ALONSO: Pues ¿no es bien hermosa ésta
para fregona?
MOSCATEL: No es
sino muy mala y muy fea.
Si vieras, señor, la mía,
pondría el alma que dijeras
que era el pecado nefando,
si entraba en su competencia.
ALONSO: ¡Viven los cielos, que mientes!
JUAN: Ya he leído.
ALONSO: ¿Y qué hay?
JUAN: Mil quejas
de Leonor, y en fin me avisa
que bien puedo ir a verla,
que no hay sospecha de mí
por una industria--cuál sea
no dice--. Después de todo,
yo volveré a daros cuenta.
Vamos, Inés.

Vase don JUAN

ALONSO: Moscatel,
no la dejes ir, deténla.
MOSCATEL: (¿Esto más, celos?) **Aparte**
ALONSO: ¡Ah, hermosa!
INÉS: ¿Qué quieres?
ALONSO: Veros quisiera
yo esa buena cara.
MOSCATEL: (¡Ay, cielos!)
INÉS: Hay mucho que ver en ella,
y no vengo tan despacio.
ALONSO: Yo la sabré ver apriesa.
MOSCATEL: (Y aun dejar de verla y todo). **Aparte**

Salen don LUIS y don DIEGO

DIEGO: La crïada suya es ésta.
LUIS: Desde su casa le he visto
salir, y vengo tras ella
por ver si para Beatriz
darla un recado pudiera.
INÉS: (No sé lo que Moscatel **Aparte**
me quiere decir por señas).
DIEGO: Con don Alonso de Luna
habla.
LUIS: Cierta es mi sospecha;
que venir una crïada
de Beatriz de esta manera
a buscarle, estar él siempre
en su calle y a sus rejas
con el otro amigo suyo,
mirar que cuando se aleja
se quedan los dos hablando,
no es posible que no sean
lances de amor.
DIEGO: ¿Qué queréis
hacer?
LUIS: Que aquí no me vean,
que no tengo yo favores
para que empeñarme pueda,
y reñir un desvalido
es valentía muy necia.
DIEGO: Decís bien, y quizá mienten
los viles celos que os cercan.
LUIS: Nunca son viles los celos,
don Diego.
DIEGO: Opinión es nueva.
LUIS: ¿Hay más nobleza que hablar
verdad? Pues esta nobleza
sólo los celos la tienen,
porque no hay celos que mientan.

Vanse don DIEGO y don LUIS

INÉS: Bien está. Adiós, que es muy tarde.
ALONSO: Dejas que vaya siquiera
con vos aquese crïado.
No vais sola.
INÉS: Norabuena;
venga el crïado conmigo.
MOSCATEL: (¡Que esto escuche! ¡Que esto vea!)
ALONSO: Moscatel.
MOSCATEL: ¿Señor?
ALONSO: Escucha:
Inés me ha dado licencia
para que en mi nombre vayas
hasta su casa con ella;
ve, y dirásla en el camino
que como tal vez se venga
a casa, no faltará
algún regalo que hacerla.
MOSCATEL: ¿Es posible que tal dices?

ALONSO: Sí, que si en su amor ya es fuerza
acompañar a don Juan,
no es muy mala conveniencia
tener quien aquel instante
también a mí me entretenga.
MOSCATEL: Yo se lo diré.
ALONSO: En los trucos
te aguardo con la respuesta.

Vase don ALONSO

MOSCATEL: (¡Quedamos buenos, honor!) **Aparte**
INÉS: Vamos, Moscatel, ¿qué esperas?
MOSCATEL: Vamos, Inés.
INÉS: Pues, ¿tan triste
conmigo vas, que aun apenas
alzas a verme la cara?
¿Qué es aquesto?
MOSCATEL: ¡Ay, Inés bella!
¡Ay, dulce hechizo del alma
qué de cuidados me cuestas!
INÉS: ¿Qué tienes?
MOSCATEL: Amor y honor.
Quiero y sirvo, y hoy es fuerza
entre mi dama y mi amo,
que no sirva o que no quiera.
INÉS: No entiendo tus disparates.
MOSCATEL: Pues yo haré que los entiendas.
Don Alonso, mi señor,
te vio, Inés, y a Dios pluguiera
que antes cegase, aunque yo
el mozo de ciego fuera.
Vióte, Inés, ¡ay Dios!, y al verte
fue precisa consecuencia
quererte; no tanto, Inés,
por tu infinita belleza,
como por su amor finito,
que eres, al fin, cara nueva.
Conmigo a decirte envía...
(Aquí se turba mi lengua,
aquí la voz se suspende,
y aquí los sentidos tiemblan).
Con más afectos, que cuando
Prado hizo al rey de Suecia
dice que si vas, Inés,
a verle, tendrás (¡qué pena!),
si es por la mañana, almuerzo,
si es por la tarde, merienda.
Bien veo que es la mayor
infamia y mayor bajeza
de un amante ser tercero
(¡un volcán soy, soy un Etna!)
de su dama; mas también
veo que es mayor afrenta
ser desleal a su dueño.
Y así, entre una y otra deuda,

amigo, amante y leal,
cumplo con que de mí sepas
que él te quiere, y yo lo lloro,
porque al fin, de esta manera,
tu amor digan y mis celos
tu alegría y mi tristeza.

INÉS: ¡Grosero, descortés, loco!
Detén esa aleve lengua,
que no sé, no sé que has visto
en mí para que te atrevas
a hablar con tal libertad
a una mujer de mis prendas.
Dile a tu amo, villano,
que soy quien soy, y no tenga
pretensiones para mí;
que de cualquiera manera
iré a servirle a su casa,
porque yo no soy de aquellas
mujercillas que se pagan
en almuerzos y meriendas,
que soy moza de capricho,
y eso le doy por respuesta.

MOSCATEL: ¿Eso dices?

INÉS: Eso digo;
y presto de aquí te ausenta,
no te vean en mi casa,
mira que ya estamos cerca.

MOSCATEL: En fin, ¿te vas enojada?

INÉS: No me sigas, no me veas.

MOSCATEL: Obedecerte es forzoso.
Pues tan triste, Inés, me dejas,
"Bien podéis, ojos, llorar,
no lo dejéis de vergüenza."

Vase MOSCATEL

INÉS: Aquésta es mi casa; el manto
me he de quitar a la puerta,
que para esto solamente
creo que en las faldas nuestras
usamos los guardainfantes.
Ahora, aunque mi ama la necia
me haya echado un rato menos,
no sabrá que he estado fuera.
Nadie de ustedes lo diga,
que los cargo la conciencia.

Vase y salen don JUAN y LEONOR. Luego vuelve a salir INES

LEONOR: Esta mentira ha sido
la que nuestro cuidado ha divertido.

JUAN: Fue del ingenio tuyo,
que con eso que fue sutil arguyo.

LEONOR: Ya del todo perdida
la vida, restauré en parte la vida,

pues lo que era evidencia
puse con el engaño en contingencia;
que no es pequeño aviso
saber hacer dudoso lo preciso.

JUAN: Tu padre, en fin, ¿de entrambas sospechoso
quedó?

LEONOR: Tanto, que anda cuidadoso,
yendo a casa y viniendo,
escuchando a la una, a la otra oyendo.
Hasta aquí no ha sabido
cúyo el papel, ni para quién ha sido,
porque Inés, que tenía
sola noticia de la culpa mía,
sin que a decirlo acuda,
dejó en su fuerza la primera duda.

INÉS: Yo no dije que era
el papel de Beatriz, porque pudiera
el papel desmentirme,
y así en lo que dijiste estuve firme.

JUAN: Dicha fue que viniera
el papel de manera
que a entrambas convenía,
que bien se acuerda le memoria mía
de que no te nombraba
y de que escrito de otra letra estaba.
Pero dime, ¿qué ha hecho
Beatriz al testimonio?

LEONOR: Yo sospecho
que, sujeta al indicio,
si juicio tiene, ha de perder el juicio,
pues sobre su melindre y su locura
tan vana de su ingenio y hermosura,
verse indiciada tanto
de una sospecha, la convierte en llanto.
Y estoy, don Juan, gustosa de manera
de verla así, que diera
porque fuera verdad y no fingido
el amor que en su culpa he introducido
la vida.

INÉS: Piensa tú, señor, qué haremos
por llevar adelante sus extremos.

LEONOR: De nuestro amor industria lisonjera
el divertirla y el culparla fuera,
pues con eso dejara
de perseguirme a mí, y ella callara.

JUAN: Ahora bien: pues yo quiero
de esta venganza tuya ser tercero,
y trayendo conmigo
para que la entretenga un cierto amigo,
haré... pero ella viene
después lo oirás, que aquí callar conviene.

LEONOR: Pues vete, no te vea;
que aunque aquesta sospecha en ti no sea
a toda ley, bien creo
que es mejor desvelar nuestro deseo.

JUAN: Pues adiós, Leonor bella.

INÉS: ¡Santiago y cierra, España! ¡A ella, a ella!

Vanse INÉS y don JUAN y sale BEATRIZ

BEATRIZ: Aquí, que Fénix estoy
--porque en fin la fantasía
hace y no hace compañía--
soliloquiar quiero hoy
en qué infelice soy
y en qué horóscopo nací;
pues siendo mi honor en mí
sol que el día iluminó,
el eclipse padeció,
y yo el efecto sentí.
Entre mi nombre y mi ardor,
con epiciclo confuso,
el cuerpo opaco me puso
la mentira de Leonor.
LEONOR: ¿Qué me quieres?
BEATRIZ: Es error,
aunque a solas te he nombrado,
fantasear que te he llamado;
que si el nombrar es llamar,
hoy desvía con nombrar
al contrario mi cuidado.
LEONOR: Pues ¿por qué crüel conmigo
tu voz a solas se emplea?
BEATRIZ: ¿Por qué? ¿Me interrogas? Sea
tu mendacio tu castigo.
¿Tú no fuiste, amor testigo,
la escrita?
LEONOR: Sí.
BEATRIZ: ¿Tú no fuiste
la que al paterno dijiste,
al fin, que era para mí
el lineado papel?
LEONOR: Sí.
BEATRIZ: ¿Tú no fuiste quien hiciste
tan valida la mentira
que embelecó a la verdad,
acuado su puridad?
LEONOR: Sí, Beatriz.
BEATRIZ: Pues, ¿qué te admira
lamentar tu fraude?
LEONOR: Mira
lo que tu enfado causó;
que no lo inventara, no,
si tú ayudaras mi engaño;
mas ya sucedido el daño,
Beatriz, primero era yo.
Negarte a solas no quiero
que mía la culpa fue,
pero tampoco querré
confesársela a un tercero.

Yo amo, yo adoro, yo muero
de amor... (¡Mi padre, ay de mí!) **Aparte**

Sale al paño don PEDRO por las espaldas de BEATRIZ, y cara a cara de LEONOR; ella le ve, y él se encubre

PEDRO: "Yo muero de amor" oí **Aparte**
a Leonor.
LEONOR: (Cure mi error **Aparte**
mi vos). ¡"Yo muero de amor"
dices delante de mí!
¡"Yo quiero"!
PEDRO: (¿Esto llego a ver?) **Aparte**
LEONOR: ¡"Yo amor"!
BEATRIZ: ¿Aquesto llego a oír?
LEONOR: ¿"De amor muero" ha de decir
una principal mujer?
Mi padre lo ha de saber;
que aunque tú me has dicho aquí
que a él no, pero a mí sí
lo confiesas, brevemente
lo sabrá.
BEATRIZ: ¿Qué dices?
LEONOR: Tente;
no te apropincues a mí.
BEATRIZ: El concepto dificulto
de tus extremos, Leonor.
LEONOR: No me empañes el candor
de mi castísimo bulto.
BEATRIZ: ¡Qué mudanza!
LEONOR: ¿Tal insulto
pronunciar tu lengua osa?
PEDRO: (Leonor es la virtüosa). **Aparte**
BEATRIZ: Oye, hermana.
LEONOR: Aqueso no,
que tener no puedo yo
hermana libidinosa.

Vase LEONOR

BEATRIZ: ¿Quién tales extremos vio?
¿Quién vio tales sentimientos?
¿Quién vio tales fingimientos
de un instante a otro?
PEDRO: Yo.
Yo los vi, Beatriz, y no
en vano el cuidado ha sido
que con las dos he tenido.
[.....
.....
..... -ido].
BEATRIZ: Señor, ¿tú estabas aquí?
PEDRO: Sí, sí, Beatriz, aquí estaba.
BEATRIZ: ¿Oíste a Leonor lo que hablaba?

PEDRO: Lo que hablaba a Leonor oí.
BEATRIZ: Luego, ¿ya estarás de mí
desengañado?
PEDRO: Sí estoy,
pues he llegado a ver hoy
que una hermana menor pueda
reñirte.
BEATRIZ: ¡Que tal suceda!
Infausta y crinita soy.
PEDRO: ¿Qué crinita, ni qué "infasta"?
BEATRIZ: Señor...
PEDRO: Beatriz, bueno está;
basta lo afectado ya,
lo enfadoso, Beatriz, basta;
que es lo que más te contrasta
para que vencida quede
tu opinión. Bien verse puede,
si a hablar así te acomodas,
que quien no habla como todas,
como todas no procede.
Yo sé que el cuidado ha sido
y el papel de un caballero
bachiller y chocarrero,
leve y mal entretenido,
y que le quieres he oído
cuando Leonor te reñía.
Culpa ha sido tuya y mía,
mas remediarélo yo;
aquí el estudio acabó,
aquí dio fin la poesía.
Libro en casa no ha de haber
de latín, que yo no alcance;
unas **Horas** de romance
le bastan a una mujer.
Bordar, labrar y coser
sepa sólo; deje al hombre
el estudio, y no te asombre
esto; que te he de matar
si algo te escucho nombrar
que no sea por su nombre.
BEATRIZ: Subordinada al respeto,
girasol de tu semblante,
en estilo relevante
no frasificar prometo.
Deja, empero, a tu conceto
desvanecer la apariencia
que el engaño hizo evidencia,
que hizo caso la malicia,
queriendo con su injusticia
captar su benevolencia.
PEDRO: ¡Perdiendo, Beatriz, el vicio,
bien enmendada te veo!
BEATRIZ: ¡Por tu anticipata...!
PEDRO: Creo
que hoy me has de quitar el juicio.

Vanse. Salen don ALONSO y MOSCATEL

ALONSO: ¿Eso la pícara dijo?
MOSCATEL: De tu amor tan ofendida,
como si fuera hija Inés
del Preste Juan de las Indias,
"Decid" dijo, "a vuestro dueño
que de mi valor no vista,
que soy grande para dama,
y para esposa soy chica."
ALONSO: Eso a reyes de comedia
no hay condesa que no diga
de Amalfi, Mantua o Milán,
mas no las de Picardía.
Si a mí se me diera algo,
fuera la historia muy linda,
porque no hay cosa que tanto
me canse y me dé mohina
como ver una fregona
que a lo dama se resista.
¡Válgate el diablo, picaña!
¿Cómo no tienes a dicha
que te hable un hombre que al fin
trae una camisa limpia?
MOSCATEL: Señor, cada ropa blanca
su semejante codicia.
ALONSO: Y ¿qué te pasó con Celia?
MOSCATEL: Estaba a su celosía
asomada, y aun borracha,
pues dijo por qué no ibas
a verla, y esto, señor,
en juicio no lo diría,
porque ¿cómo has de ir a verla,
si ya la viste ha tres días?
ALONSO: Mi firmeza me destruye,
porque todas imaginan,
siendo galán al quitar,
que lo he de ser de por vida.
Pues mejor es lo que a mí
me ha pasado; como iba
en un coche doña Clara,
llamóme, lleguéme a oírla,
y díjome que a la tarde
(¡ahí es una niñería!)
le enviase veinte varas
de lama, porque quería
hacer en mi nombre una
pollera, y a media risa
pregunté de qué color.
Respondió que de la mía,
y así al propósito hice
de repente esta quintilla:

"De mi color, bien mi amor
dar la pollera quisiera;
mas es tanto mi temor
que no me dejas color

de qué hacerte la pollera."

Con esto me descarté
de la lama.

MOSCATEL: Linda finca
es un desenfado.

ALONSO: ¿Cómo?

MOSCATEL: Como paga a chanza vista.

ALONSO: ¿No sabes lo que en aquesto
más me mata, más me admira?
Que usándose hombre que nieguen,
se usen mujeres que pidan.

MOSCATEL: Piden por su devoción.
(¡Qué presto de Inés se olvida! **Aparte**
Celos, adiós).

ALONSO: Moscatel.

MOSCATEL: ¿Señor?

ALONSO: ¿Quieres que te diga
una verdad?

MOSCATEL: Si contigo
lo puedes acabar, dila.

ALONSO: La Inesilla me ha picado.

MOSCATEL: ¿Tan aguda es la Inesilla?

ALONSO: Y por hacer burla de ella
solamente, he de rendirla.
Allá has de volver.

MOSCATEL: ¿Yo?

ALONSO: Sí.

MOSCATEL: (Celos no adiós tan aprisa). **Aparte**

Sale don JUAN

ALONSO: Y dirás...

JUAN: ¡Gracias al cielo
que os traigo nuevas un día
de contento, porque amor
no siempre ha de ser desdichas!
Ya cesaron sus disgustos,
sus pesares, sus rencillas,
que, como es niño, el semblante
que ayer fue llanto, hoy es risa.
Ayer de vuestro valor
me valí, cuando tenía
empeños de honor, y agora
que han mejorado de dicha,
me he de valer, don Alonso,
de vuestra cortesanía,
buen gusto y sutil ingenio,
porque en dos iguales líneas
los dos extremos toquéis
del pesar y la alegría.

ALONSO: Pues bien, ¿qué os ha sucedido?

JUAN: De cuanta culpa tenía,
Leonor hizo a Beatriz dueño,
cautelosa y prevenida;
dudó el padre entre las dos

cúya fuese la malicia,
y quedó por fe dudosa
la que era culpa precisa.
Para ayudar este engaño
con Beatriz y divertida,
que si hay envidia entre hermanos,
es la más crüel envidia,
me ha pedido que con ella
algún nuevo amante finja,
porque la importa en extremo
o culparla o divertirla.
Y aquéste habéis de ser vos,
ayudándoos ella misma
a la entrada de su casa.
Y así, desde aqueste día
la habéis de asistir, pasear,
adorar su celosía,
solicitar sus crïadas,
donde saliere, seguirla,
escribirla...

ALONSO: Deteneos,
que ni hablarla, ni servirla,
ni pasearla, ni mirarla
sabré yo hacer en mi vida.
¿Yo mirar a una ventana
embobado todo el día,
haciendo el amor ardiente
a un cántaro de agua fría?
¿Yo sobornar a una moza,
porque mis penas la diga?
¿Yo abrazar un escudero
con la barba hasta la cinta?
¿Yo seguir a una mujer
ni saber dónde va a misa,
ni si la oye?, que al fin, yo,
don Juan, en toda mi vida
la he averiguado a mi dama
si tiene o no tiene crisma;
y ellas se huelgan, pues todas
niegan dónde se bautizan.
¿Yo escribir papel tan cuerdo
que mil locuras no diga,
donde el retozar no ande
entre el afecto y la dicha?
¿Yo parlar a una ventana
después de una noche fría,
para pedir una mano?
¿Yo sufrir que muy esquiva
me responda "es de mi esposo,"
y con aquesta porfía
me ande con su doncellez
dando en cara cada día?
¡Vive Dios, que antes me deje
morir, que a una mujer siga,
ni solicite, ni ronde,
ni mire, ni hable, ni escriba!
Porque en no teniendo yo

libre entrada a mis visitas
donde tome mi despejo
a la primera vez silla,
la segunda taburete
y al tercera tarima,
siendo mi lecho el estrado
y mi almohada una rodilla,
y haciéndola que me rasque
la cabeza si me pida,
no daré por cuanto amor
hay en el mundo dos higas.
Y mirad, pues, qué mujer
tan chistosa y entendida
me traéis; una mujer
que habla siempre algarabía,
y sin Calepino no
puede un hombre entrar a oírla.
Y así, mirad si traéis
algún disgusto en que os sirva,
que voto a Dios que primero
con diez hombre legos riña
que con una mujer culta
que ha de ser la dama mía,
como fïanza, abonada,
sobre lega, llana y lisa.

JUAN: En la corta, don Alonso,
¿cada día no se mira,
por hacer tercio a un amigo,
enamorar a una amiga?

ALONSO: También se mira, don Juan,
en la corte cada día
perder uno su dinero
por hacer tercio a una rifa.

JUAN: Yo no quiero que tu amor
sea, sino que le finjas,
que esto todo ha de ser burla.

ALONSO: Mucho el ser fingido obliga,
y hacer burla de una loca
tan vana y tan presumida...

MOSCATEL: (¡Qué presto hizo la razón **Aparte**
a la ocasión que le brinda!
Tan loco nos venga el año.

ALONSO: Cuanto sea engaño y mentira,
vaya; mas pensar que tengo
de obligarla ni sufrirla,
es pensar un imposible.

JUAN: Ni nadie a aqueso os obliga.

ALONSO: Pues desde aquí empiezo a amarla.

JUAN; Vamos a su casa misma,
y en el camino os diré
de ella cosas conocidas
que importan, y haré que entréis
a hablarla.

ALONSO: Vamos aprisa,
que ya, de pensar, don Juan,
lo que hoy a las burlas mías
han de responder sus veras,

me estoy muriendo de risa.
MOSCATEL: Quiera amor no pare en llanto.
ALONSO: ¿Qué llanto, necio, si miras
que todo es burla?, pues sólo
mi libertad solicita
hacer buen tercio a don Juan,
vengar a Leonor divina,
burlar a Beatriz hermosa
y retozar a Inesilla.
MOSCATEL: (No será, no, sino echarse **Aparte**
con la carga de mis dichas).

Vanse. Salen BEATRIZ e INÉS

INÉS: Grande es, señora tu melancolía.
BEATRIZ: ¿Cómo no ha de ser grande, y más si es mía?
(Y harta razón no tengo,
pues por Leonor con mi ascendiente vengo
a padecer calumnias de que amo,
cuando la misma ingratitud me llamo?
¿Yo, pensar que he escuchado a un hombre amores,
que admití un papel, que di favores,
que entró en mi cuarto abriendo una fenestra,
que fue el tacto la nube de mi diestra?
Cosas son que el escrúpulo más leve
dentro de mí, ni aun a pensar se atreve.
Y así, aqueste retiro,
donde la luz del sol apenas miro,
lúgubre será esfera
en que, engañando lo que vivo, muera.
Estancia será esquiva
en que, burlando lo que muero viva.
El sol, Narciso de carmín y grana,
desde el primer fulgor de la mañana
al paroxismo de la noche fría
adonde espera el parangón del día,
no me ha de ver la cara,
si ya con luz no se penetra avara
a esta mansión adonde
mi profanado pundonor me esconde.
Lloren aquí mis ojos
sinónimos neutrales, digo, enojos
de torpes desvaríos,
que son ajenos, y parecen míos.
Inés, ¿no me he quejado
en bien humilde estilo, en bien templado?
Si mi padre me oyera,
¡Oh, cuánta enmienda en mis discursos viera!
INÉS: Mucha, aunque del tema reformado
algunas palabrillas te han sobrado.
BEATRIZ: Dime cuáles han sido.

INÉS: "Lúgubres" y "crepúsculos" he oído,
"equívocos", "sinónimos neutrales",
"fenestras", "paroxismos" y otros tales
de que yo no me acuerdo.
BEATRIZ: ¡Con la estulticica que hay, el juicio pierdo!
Pues ¿ésas no son voces de cartilla,
que un portero las sabe de la villa?
Mas desde aquí prometo
que calce mi conceto
a pesar de Saturno,
vil zueco, en vez de trágico coturno.
INÉS: (Enmendándose va). **Aparte**
BEATRIZ: Y tú, si me oyeres
frase negada a bárbaras mujeres,
por ver si en esto topa,
tírame de la manga de la ropa.
INÉS: La concesión aceto,
y ser fiscala de tu voz prometo.

Salen LEONOR, don ALONSO y MOSCATEL

LEONOR: Ésta es Beatriz, y puesto que has venido
a divertirla, su galán fingido,
hablar aquí podrás seguramente;
yo, atenta a que no haya inconveniente,
con don Juan allí hablando,
hoy las espaldas te estaré guardando.

Vase LEONOR

ALONSO: (¿Quién creerá que he tenido
mudo el amor, aun siendo amor fingido?
INÉS: Moscatel, ¿qué es aquesto?
MOSCATEL: La droga introducir que se ha dispuesto.
INÉS: ¿Para qué entras tú acá?
MOSCATEL: ¿Para qué? Amo,
y no has de estar a tiro de mi amo
sin escucha.
BEATRIZ: Inés, ¿qué es esto?
INÉS: Un hombre, señora, es
que hasta aquí se ha entrado.
BEATRIZ: ¡Un hombre en mi cubículo! ¿Qué haces?
INÉS: Tirarte de la manga.
BEATRIZ: ¡Necio intento!
Detén, que sólo digo en mi aposento.

ALONSO Hermosa Beatriz, la voz
no des al aire, no des
al cielo quejas, hüidas
de la prisión del clavel.
Oye piadosa mis ansias
sin enojarte, porque
no siempre fue de lo hermoso
patrimonio lo crüel.
BEATRIZ: ¿Andáis por antonomasias?

INÉS: Dos veces tiro.
BEATRIZ: ¡Está bien!
Atrevido caballero,
--que te has osado a romper
la clausura donde el sol,
que fénix y hoguera es,
si tal vez entra atrevido,
sale cobarde tal vez;
y a no traer por disculpa
que me viene el día a traer,
no osara donde estoy yo
a entrar en átomos él--,
¿qué atrevimiento, qué audacia
rige tu alevoso pie?
¿Qué osadía, qué ardimiento
te ha conducido, bajel
derrotado, a investigar
enjutos piélagos, que
surcó tarde, mal o nunca
racional piloto? Pues
en Sirtes de mi recato,
Escilas de mi desdén,
en Caríbdis de mi honor,
sólo has de hallar, has de ver
o para que a fondo vayas,
o para dar al través
cuatro o seis desnudos troncos
de dos escollos o tres.
INÉS: (Aquí empiezan sus engaños). **Aparte**
MOSCATEL: (Él mismo vaya con él) **Aparte**
ALONSO: Peritísima Beatriz,
Beatriz, dulce enigma en quien
vive de más el hablar
o de más el parecer,
pues a una deidad le sobra
que hermosa en extremo es
ser en extremo entendida;
no admires de salto que
golfo navegue, ignorando
--naufragio mi aliento, pues--
tu discreción, tu belleza;
entre el mirar y el saber
hurtar pude sitio al mar,
y mucho agradable en él.
INÉS: (También ha menester éste **Aparte**
que le tire Moscatel).
ALONSO: Yo soy aquel que dos años
viviente girasol fue
de la luz de tu beldad;
fragrante al llegarte a ver
cuanto mustio al ausentarse,
que entre el morir y el nacer
no hubo más distancia que entre
si se ve o si no se ve.
INÉS: (Atención, señoras mías; **Aparte**
entre mentir o querer,
¿cuál será lo verdadero,

si esto lo fingido es?)
ALONSO: La causa hoy de este alboroto
es haber hallado ayer
tu padre el crïado mío
que te traía un papel;
y viendo la obligación
que tengo a quien soy, osé,
temeroso de tu riesgo,
agora que ocasión halle,
entrar hasta aquí.
BEATRIZ: Deténte,
que ya me incumbre saber,
aunque mi riesgo derogue
la más inviolable ley,
qué papel o qué crïado
aquése que dices fue.
ALONSO: El crïado, este crïado;
el papel, aquel papel
que abrió Leonor, siendo tuyo,
porque a ella se le dio Inés.
INÉS: Yo no se le di, que ella
me le quitó sin querer.
BEATRIZ: ¿Tuyo era el crïado?
ALONSO: Sí.
BEATRIZ: ¿Y tuyo el papel?
ALONSO: También.
BEATRIZ: ¿Y para mí?
ALONSO: Pues, ¿qué dudas?
BEATRIZ: Antes no dudo, pues sé
que mi muerte y mi homicida
fuiste de mi paz, crüel
tirano, que introdujiste
enscrúpulos en mi fe.
Vuelve, vuelve las espaldas
de piadoso, o de cortés,
que solicitas mi muerte
si aquí mi hermana te ve,
porque hará verdades hoy
los fingimientos de ayer.
INÉS: (¡Qué fácilmente creyó
lo que él contó y yo afirmé!) **Aparte**
MOSCATEL: (En fin, no hay cosa más fácil **Aparte**
que engañar a una mujer.)
BEATRIZ: Y no quieras más victoria,
de mi vanidad, que ver
que por ti lloran mis ojos,
que puede, en efecto, hacer
costar lágrimas un hombre
sin quererle una mujer,
que no las lágrimas siempre
señas son de querer bien.
Vete.
ALONSO: (Más lo deseo yo, **Aparte**
que estoy ya para perder
el juicio, pensando modos
para responderte).
BEATRIZ: No des

más escándalo en mi casa,
que basta el primero ser
que concupiscible oí.

Tírale de la manga INÉS

No tires más, déjame,
que tienes traza, por Dios,
de dejarme muda.

ALONSO: En fe,
dïámetro al menos serte
no rehusa aquesta vez
mi opuesto planeta; quiero
obedeceros cortés,
pero en sabiendo mi amor.

BEATRIZ: Pues adiós, que ya lo sé.

ALONSO: No se ha empezado muy mal.

MOSCATEL: Ni se ha acabado muy bien;
que viene gente.

INÉS: ¡Ay, señora,
ir no le dejes!

BEATRIZ: ¿Por qué?

INÉS: Porque al paso están hablando
Leonor, don Juan, y también
tu padre.

MOSCATEL: El padre es el diablo
de estos enemigos tres.

BEATRIZ: Mi climatérico día
es hoy, ¡ay de mí!, si os ven,
porque contra mí los cielos
han sabido disponer
evidencias que acreditan
culpas que no imaginé.
Para el cuarto de mi padre
el paso esta cuadra es;
no podéis salir de aquí,
ni allá dentro entrar podéis;
y así, antes que aquí entren,
fuerza el esconderos es.

ALONSO: ¿Es comedia de don Pedro
Calderón, donde ha de haber
por fuerza amante escondido
o rebozada mujer?

BEATRIZ: Esto conviene a mi honor.

ALONSO: ¿Yo me tengo de esconder:

MOSCATEL: Inés, mala burla es ésta.

INÉS: Y muy mala, Moscatel.

BEATRIZ: Esto he de deberos.

ALONSO: (Cielos **Aparte**
considerad que no es bien
darme tan fino el pesar,
siendo tan falso el placer).

BEATRIZ: ¿Qué esperáis?

ALONSO: ¿Qué he de esperar?
Saber adónde ha de ser
donde tengo de esconderme.

INÉS: Donde estar mejor podréis
es en aquella alacena
de vidrios.
BEATRIZ: Has dicho bien.
ALONSO: ¡Lindo búcaro del duque
o de La Maya seré!
¿Yo en alacena de vidrios?
¡Voto a Dios!
BEATRIZ: Preciso es.
INÉS: Entrad.
ALONSO: Sin un calzador
no es posible.
INÉS: Entra también.
MOSCATEL: ¿Es alacena de dos
como mula de alquiler?

Éntranse en una alacena, québranse vidrios y salen don PEDRO, LEONOR y don JUAN

INÉS: Mirad que quebráis los vidrios.
PEDRO: Hola, unas luces traed
a esta sala.
JUAN: (¡Vive Dios, **Aparte**
que no sé lo que he de hacer
si halla a don Alonso aquí
don Pedro! Que yo bien sé
que no tiene el cuarto puerta
por donde salir, y en fe
de haberle empeñado yo,
y ser mi amigo también,
no sé, como llegue a verle,
qué remedio puede haber).
LEONOR: (¡Oh, nunca hubiera inventado **Aparte**
la venganza que busqué,
pues empezando de burlas,
tan de veras viene a ser!)
PEDRO: Aquestas noches, don Juan,
¿a qué hora os recogéis?
JUAN: Temprano. (Aquesto es decirme
que me vaya, y fuerza es.
En grande peligro dejo
a don Alonso, por ser
mi amigo; el estarme aquí
no es posible; lo que haré
será estar siempre a la mira
de lo que ha de suceder).
Quedá a Dios.
PEDRO: Adiós. Alumbra
al señor don Juan, Inés.
JUAN: No habéis de salir de aquí.

Va INÉS alumbrando, y vase don JUAN

PEDRO: Yo sé bien lo que he de hacer.

Vase don JUAN

LEONOR: (¿Adónde Beatriz habrá, **Aparte**
pues yo no lo puedo ver,
a don Alonso escondido?)
BEATRIZ: (¡Que tantos sustos me dé **Aparte**
un hombre que no conozco!)

Vuelven don PEDRO e INÉS con la luz; a tiempo que se quiebra un vidrio, déjase INÉS caer la luz

PEDRO: Entra aquesa luz, Inés,
en mi cuarto.
LEONOR: (Ahora sin duda **Aparte**
da en su aposento con él).
PEDRO: Entrad conmigo las dos,
que os tengo que hablar...mas ¿qué
es aquello?

Déjase caer el candelero INÉS

INÉS: El candelero
se me cayó.
PEDRO: ¡Que no estés
nunca, Inés, en lo que haces!
INÉS: Sí estoy, señor.

Vanse don PEDRO y LEONOR

BEATRIZ: Oye, Inés;
pues mi padre se recoge
tan presto, haz al punto que
salgan de ahí aquestos hombres
sin que lo llegue a entender
Leonor.
INÉS: No lo entenderá.
Mas dime cómo ha de ser,
que mi señor no bajó
con don Juan por ser cortés
tanto como por cerrar
las puertas.
BEATRIZ: Procura hacer
que salgan como pudieren.

Vase BEATRIZ

INÉS: Ya por donde salgan sé.
--Mis aprensados señores,
bien desdoblaros podéis.
ALONSO: ¡Vive Dios, que si no fuera,
pícaro, por no sé qué,
que te matara!

MOSCATEL: No pude
más, si los vidrios quebré,
que eran vidrios, en efecto.
INÉS: Venid conmigo.
ALONSO: ¡Ay, Inés!
Si fuera por ti el secreto,
fuera empleado más bien.
MOSCATEL: No fuera sino es más mal.
ALONSO: ¿Qué ahora de temor estés?
Vamos.

A INÉS

Mas, por no perder
ocasión, toma un abrazo.
MOSCATEL: (Cordero en brazos de Inés, **Aparte**
el hombre le vio mil veces,
pero sola aquesta vez
es el abrazado el hombre
y el cordero el que lo ve.
INÉS: Salgamos presto de aquí.
ALONSO: ¿Quién dice que no?
INÉS: Que aunque
mi señor cerró las puertas,
bien salir los dos podréis;
arrojaos sin que os sientan
por este balcón. Ea, pues.
ALONSO: ¿Eso tenemos agora,
Inés? ¿Balconear, después
de una alacena?
INÉS: Esto es fuerza.
MOSCATEL: Y digas, la tal Inés,
¿es muy alto?
INÉS: Del segundo
cuarto no más; no aguardéis.
ALONSO: ¿Mas que me quiebro una pierna?
Hombres que enamoráis, ved;
si estos lances en quien ama
se dejan aborrecer,
en quien no ama, ¿qué será?
¡Mal haya quien quiere bien!

Vanse

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen INÉS y BEATRIZ

INÉS: Porque del balcón habiendo
los dos Luzbeles caído...
BEATRIZ: ¡Ay, Dios! ¿Cómo, Inés, ha sido?
INÉS: ...llegaron con mucho estruendo
unos hombres, pretendiendo
conocerlos, y después
repararon (tanta es
de amo y mozo la destreza)
el uno con la cabeza
lo que el otro con los pies.
BEATRIZ: ¿Qué dices?
INÉS: Lo que ha pasado.
BEATRIZ: ¿Quién, Inés, te lo contó?
INÉS: Cuanto he referido yo
relación es de un crïado
del galán de pie quebrado,
como copla, que por ti
saltó del balcón.
BEATRIZ: Y di:
¿quién le vulneró?... le ha herido,
digo.
INÉS: Eso no se ha sabido.
BEATRIZ: ¿Doliente en fin yace?
INÉS: Sí;
pierna y cabeza llevó
quebradas, aunque ya está
mucho mejor.
BEATRIZ: ¿Quedará
claudicante?
INÉS: ¿Qué sé yo
que es claudicante? ¡Que no
has de perder vicio tal!
BEATRIZ: ¿Hay demencia? ¿Hay tosca igual?
Di, ¿el claudicante no es
hombre de alternados pies
que se ambula desigual?
INÉS: No sé lo que es ni que no;
sólo sé, de temor llena,
que ha estado herido.
BEATRIZ: (Su pena, **Aparte**
¡ay de mí!, padezco yo.
¿Qué pócima que bebió
--¡Qué delirio! ¡Qué ardimiento!
¡Qué ultraje! ¡Qué tormento!--
el alma por el oído
que la concibe un sentido,
y la aborta un sentimiento?

¿Qué es lo que pasa por mí?
Pero si yo de mí sé,
yo misma me lo diré.
Conjurado contra mí
al dios de los necios vi,
por ver cuánto baldonaba
su deidad; y cuando estaba
más fiera en la ofensa mía,
ya los efectos sentía
de las causas que ignoraba.
Un hombre en mi cuarto entró
de mis ansias informado,
resuelto y determinado.
Acción fue que me obligó
al compás que me ofendió,
pues si ofensa el amor piensa,
la acción ser en mi defensa
la construye obligación.
Luego compatibles son
la obligación y la ofensa.
Vino mi padre, y aquí
trágica mi historia fuera
si cortés no obedeciera
los preceptos que le di.
Por mí escondido, y por mí
precipitado y caído,
quedó de otra mano herido;
pues si iguales llego a ver
que sentir y agradecer,
¿cuál será lo preferido?
Es decir que su mal siento
ilícito a mi valor
y lícito no a mi amor
faltarme agradecimiento;
sentir por mi parte intento
que a mí se pueda atrever;
por la suya, que a tener
llegue por mí tal pesar;
y temo acabar de amar
donde empiezo a agradecer).

INÉS: ¿Qué pena es ésta, señora?
¿Qué tienes, que triste estás?

BEATRIZ: ¿Qué quieres que tenga más?

INÉS: No le gastes a la aurora
las blancas perlas agora
que has de echar menos después.

BEATRIZ: ¡Ay, Inés mía! ¡Ay, Inés!
Si tú guardarme quisieras
un secreto, tú supieras
mi tormento.

INÉS: Dile pues;
que aunque siempre en mi lugar
San Secreto esclarecido
día de trabajo ha sido,
le quiero canonizar
y hacer fiesta de guardar.

BEATRIZ: Pues si eso ha de ser así,

yo he de fïarme de ti.
A este galán caballero
agradecer, Inés, quiero
lo que ha pasado por mí.
Pero no quisiera que él
sepa que lo siento yo,
porque ser piadosa, no
es dejar de ser crüel.
A mi obligación fïel,
y fiel a mi honor, que intente
saber de él mi fe consiente,
no por él, sino por mí.

INÉS: Claro está que será así.
(¡Ay, señores, que ya siente!) **Aparte**

BEATRIZ: Quisiera que te llegaras,
como que de ti salía
a visitarle, Inés mía,
y de su mal te informaras.

INÉS: ¿Y qué más?

BEATRIZ: Que le llevaras
una banda, y le dijeras
que tú la ladrona eras
del favor.

INÉS: Está muy bien;
y haré este papel tan bien
como tú misma lo hicieras.
Dame la banda, y verás
cuál mi chinelita anda.

BEATRIZ: Yo voy, Inés, por la banda;
pero mira que jamás
nada a Leonor le dirás.

INÉS: Nada le diré a Leonor.

Vase BEATRIZ y sale LEONOR

¡Victoria por el Amor!

LEONOR: ¿De qué es el contento, Inés?

INÉS: Yo te lo diré después,
aunque primero es mejor,
que reviento, te prometo,
porque en Dios y mi conciencia
que hizo vuestra diligencia
en Beatriz un grande efeto.

LEONOR: ¿Qué fue?

INÉS: Encargóme un secreto,
y fue haberme encomendado
que le cuente de contado;
claro es, pues cuando no fuera
por decirlo, lo dijera
por habérmelo encargado.
De Beatriz la fantasía
ya don Alonso rindió;
en tal lenguaje le habló
que, a pesar de su porfía,
conmigo una banda envía;
en fin, en fin, ha de ser

mujer cualquiera mujer.
Por la banda quiero ir,
y, pues te lo he de decir
yo, tú no lo has de saber.

Vase INÉS

LEONOR: Digo que no lo sabré.

Sale don JUAN

JUAN: Pues ya yo lo tengo oído;
..... [--ido]
.....[--é].
.....[--é]
ahora veo que en amor
número hay, pues en rigor,
por no dejarte infeliz
crece un afecto en Beatriz
cuando ha faltado en Leonor.
LEONOR: Pues, ¿en mí ha faltado?
JUAN: Sí,
en ti, Leonor, ha faltado;
que aunque he sufrido y callado
mis desdichas hasta aquí,
fue porque pensé hoy de ti
que averiguarlas pudiera
sin que a ti te lo dijera;
mas siendo fuerza sentirlas,
no muera yo sin decirlas,
ya que sin vengarlas muera.
Don Alonso por tu gusto
a hablar a Beatriz entró;
ni arguyo ni pruebo yo
si fue justo o no fue justo.
Por excusar su disgusto
a costa de su opinión
se arrojó por un balcón;
y ya que en la calle estaba
a esperar en qué paraba
su empeño, fue en ocasión
el bajar, que habían entrado
dos hombres en ella, y yo
me desvié, porque no
les diese el verme cuidado.
Estando, pues, apartado,
las cuchilladas oí,
y a ellas al punto acudí;
y por presto que llegué,
ya los dos hombres no hallé
y herido a mi amigo vi.
Mira si de mis recelos
puede haber causa mayor,
pues en su fingido amor
vi mis verdaderos celos.

..... [-elos]
Quien acuchilla (¡Ay de mí,
Leonor!) en tu calle así
a quien sale de tu casa,
bien dice que en ella pasa
mi agravio. Por ti y por mí
disimular he querido,
como he dicho, hasta llegar
(¡ay Leonor!) a averiguar
quién ese galán ha sido;
y viendo que no he podido
y que son intentos vanos
porque mis celos villanos
no murmuren en mi mengua,
quiero que diga la lengua
lo que no han hecho las manos.
¡Quédate, ingrata, que no,
pues que ya me he declarado,
me has de ver desengañado
en tu vida!

LEONOR: Pero yo,
¿no tengo una hermana?

JUAN: No;
que si tú hermana tuvieras
de quien amores supieras,
no culparla procuraras
..... [--aras]
ni de burlas ni de veras;
y supuesto que has querido
fingirla un galán, infiero
que a tenerle verdadero
no se le dieras fingido.

LEONOR: ¡Plegue al cielo...!

JUAN: No te pido
satisfacciones, Leonor.

LEONOR: Ni éstas lo son, que es error
cuando nunca te he ofendido.

JUAN: Pues que tú la causa has sido,
deja que muera mi amor.

Vanse. Salen don ALONSO y MOSCATEL

MOSCATEL: Señor, ¿qué tienes? ¿Qué es eso?
¿En qué piensas? ¿En qué tratas?
¿En qué discurres? ¿En qué
imaginas? ¿En qué andas?
¿Tú melancólico? ¿Tú
divertido? ¿Qué mudanza
es aquésta: ¿Tan valida
ha sido una cuchillada?
¿Tanto poder ha tenido
tu herida, tanta privanza
un balcón, que han acabado
contigo no hablar de chanza?

ALONSO: ¡Ay de mí!, que no sé, no,
qué es lo que siento en el alma,

que es bien y parece mal,
que es gusto y parece ansia,
que es gloria y parece pena;
dicha, y parece desgracia,
contento, y parece agravio;
lisonja, y parece rabia;
porque es un loco accidente
que a un tiempo da vida y mata,
como veneno compuesto
de calidades contrarias.

MOSCATEL: ¡Hemos hecho buena hacienda!

ALONSO: ¿De qué te ríes?

MOSCATEL: No es nada.

ALONSO: ¡Ay de mí!

MOSCATEL: ¡Otra vez!

ALONSO: ¿De qué es,
Moscatel, la carcajada?

MOSCATEL: Del suspiro, "ay de mí."

ALONSO: ¿Por qué?

MOSCATEL: Porque, señor mío, engañan
los señores: "ay de mí" es,
amor te cogió en su trampa.

ALONSO: Sin duda que estás borracho.
¿Yo amor?

MOSCATEL: Tú amor.

ALONSO: Pues, ¿qué hallas
en mí, para imaginar
cosa de mí tan contraria?

MOSCATEL: Unas cosas que se dicen,
y otras cosas que se callan.

ALONSO: ¿Yo enamorado? ¿De quién,
si yo no he visto a otra dama
sino a Beatriz?

MOSCATEL: De Beatriz.

ALONSO: ¿Yo, de un Ovidio con sayas?
¿Yo, de un Virgilio con ropa,
y un Cicerón con enaguas?

MOSCATEL: ¡Tú, señor! ¿No me dijiste
que no era tan afectada
como don Juan te había dicho?

ALONSO: Es verdad.

MOSCATEL: ¿Tú no la alabas
de hermosa?

ALONSO: Sí.

MOSCATEL: Tú no sientes
que hombres en su calle haya
que acuchillen?

ALONSO: No lo niego,
pero tal tengo la causa.

MOSCATEL: Luego son celos.

ALONSO: No son;
que no se me diera nada
que hubiera hombres, como dieran
celos y no cuchilladas;
fuera de que, si yo fui
a verla, fue por burlarla,
de don Juan apadrinado,

y fuera historia muy mala
haberme llevado a ser
el burlado yo.

MOSCATEL: En la plaza
un toricantano un día
entró a dar una lanzada,
de un su amigo apadrinado;
y airoso terció la capa,
galán se quitó el sombrero,
y osado tomó la lanza
viento pasos del toril.
Salió un toro, y cara a cara
hacia el caballo se vino,
aunque pareció anca a anca,
porque el caballo y el toro,
murmurando a las espaldas,
se echaron dos melecinas
con el cuerno y con el asta.
Cayó el caballero encima
del toro, sacó la espada
el tal padrino, y por dar
al toro una cuchillada,
a su ahijado se la dio;
y siendo de buena marca,
levantóse el caballero
preguntado en voces altas:
"¿Saben ustedes a quién
este hidalgo apadrinaba?
¿A mí, o al toro?" Y ninguno
le supo decir palabra.
Aplícate: apadrinado
de don Juan, fuiste a la casa
de Beatriz, la suerte erraste,
y nadie a saber alcanza
si era don Juan tu padrino,
o de Beatriz.

ALONSO: ¡Calla, calla!
¡Qué mal aplicado cuento!

MOSCATEL: Bien o mal, doy a Dios gracias
de que ya no reñirás
mi amor, pues que ya en la danza
entras también.

ALONSO Si es así,
dime ya de aquesa dama
qué es el nombre, enamorado.
¿De qué servicio es guardarla?

MOSCATEL: Eso no, que no se pierde
tan presto una mala maña.

Llama INÉS dentro

ALONSO: Mira quién llama a esa puerta.

MOSCATEL: ¿Quién es?

Sale INÉS

INÉS: ¿Está tu amo en casa,
Moscatel?
MOSCATEL: (¡Cielos! ¿Qué miro? **Aparte**
Inés es ésta). ¡Ay, ingrata!
¡Viven los cielos, que vienes
a verle!
INÉS: Pues, ¿qué pensabas?
(Quiero decir que es verdad, **Aparte**
porque lo que más me agrada
es dar celos de poquito).
Porque le importa a mi fama
que don Alonso conozca
que sé cumplir mi palabra.
MOSCATEL: ¡Bien honrado pundonor!
INÉS: Quita.
MOSCATEL: No has de entrar.
INÉS: Aparta.
ALONSO: ¿Quién habla contigo?
MOSCATEL: Nadie.
INÉS: Miente, que alguien es quien habla.
ALONSO: Y muy alguien. Inés mía,
una y mil veces me abraza.
INÉS: Mil veces te abrazo y una,
por pagarte en otras tantas.

Pellízquela MOSCATEL

¡Ay!
ALONSO: ¿Qué es eso?
INÉS: Diome un golpe
la guarnición de tu daga.
ALONSO: No dudo que tu venida
sea a darme vida y alma,
que aunque tú con Moscatel
me respondiste enojada,
en fin sabes que te quiero,
y no has de ser siempre ingrata.
INéS: Nunca lo fui yo contigo,
que a la primera palabra
dije que a verte vendría.
ALONSO: ¡Pícaro! Pues ¿tú me engañas?
MOSCATEL: ¿Yo, señor?
ALONSO: ¡Viven los cielos
que he de matarte a patadas!
MOSCATEL: (Cumplióse el refrán; mas no, **Aparte**
que hacerme bailar les falta).
INÉS: En sabiendo a lo que vengo,
Moscatel se desengaña.
Duren los celos un poco.
MOSCATEL: ¡Voto a Dios! De una picaña...
INÉS: Pícaro, hablad con respeto;
mirad que soy vuestra ama.

A don ALONSO

A solas quisiera hablarte.
MOSCATEL: ¿A solas?
ALONSO: Salte allá, y guarda
esa puerta.
MOSCATEL: (¿Yo la puerta? **Aparte**
¡Viven los cielos!)
ALONSO: ¿Qué hablas?
MOSCATEL: Que soy leal, y no tengo
de consentir tal infamia,
que por una picarona
exceso ninguno hagas
y se aventure la vida.
ALONSO: ¿De cuándo acá tanto guardas
mi salud? Sale allá fuera.
MOSCATEL: No me saldré, si me matas,
que esto conviene a tu vida.
ALONSO: Nunca te he visto con tanta
lealtad.
MOSCATEL: Guardéla otras veces
para esta ocasión.
ALONSO: Ya basta.

Échale a empellones

Ya estás sola; vuelve, Inés,
a abrazarme.
INÉS: Aunque culpada
me has hecho en venir a verte,
por la opinión de mi ama
ha sido, no porque vengo,
como dije, por tu causa.
ALONSO: No sé qué quieras decirme.
INÉS: Dirélo en breves palabras.
Beatriz, habiendo sabido
cómo hubo unas cuchilladas
de donde herido saliste
a las puertas de su casa,
de tu herida condolida,
de tu término obligada
y de tu salud dudosa,
te envía toda esta banda.
Favor es suyo, aunque ella
me mandó que no llegaras
a saber que ella la envía.
Con esto, adiós.
ALONSO: Oye, aguarda.
¿Beatriz se acuerda de mí?
¿Beatriz siente mis desgracias?
¿Beatriz me envía favores?
Novedad se me hace extraña.
INÉS: A mí no, porque en sabiendo
que era tu voluntad falsa,
supe que sería dichosa;
que por no acertar en nada,
más con nosotras merece

quien finge, que no quien ama.

Sale MOSCATEL

MOSCATEL: (¡Qué mal descansa un celoso! **Aparte**
¡Qué mal un triste descansa!
Mis penas veré, que menos
es verlas que imaginarlas).
ALONSO: Inés bella, pues Beatriz
hoy de extremo a extremo pasa,
paso yo de extremo a extremo;
que aunque fineza no haga
de enamorado, de noble
la he de hacer. Aquí aguarda
a que el escriba un papel.
MOSCATEL: (Él se entra en esotra cuadra; **Aparte**
descanse mi corazón).
Tigre fregatriz de Hircania
vil cocodrilo de Egipto,
sierpe vil, león de Albania,
¿tendrá mi lengua razones,
tendrán mis labios palabras
para quejarse de ti?
INÉS: No.
MOSCATEL: Pues si voces me faltan,
tengan mis manos licencia
de darte de bofetadas
siquiera.
INÉS: No quiera hacer
tu mano tal, que ya bastan
las burlas, que todo ha sido
por sólo tomar venganza
de que dudases de mí
que soy casta.
MOSCATEL: ¿Qué haces casta?
Creeré primero traidora.
INÉS: No vine a ver...
MOSCATEL: Tú me engañas.
INÉS: ...a tu amo.
MOSCATEL: Pues, ¿por qué?
INÉS: A traerle...
MOSCATEL: ¿Qué?
INÉS: ...una banda.
MOSCATEL: ¿Cúya?
INÉS: De Beatriz, que ya
un poco más claro habla.
MOSCATEL: ¿Y el abrazo?
INÉS: Fruta fue
de palacio; eso no agravia,
que si él abrazó el cuerpo,
el alma tú.
MOSCATEL: Inés ingrata,

si le das el cuerpo al otro,
¡dale a Barrabás el alma!
INÉS: Picón fue.
MOSCATEL: Pues los picones,
si juegan, muden baraja
o truequen la suerte. Dame
los brazos.
INÉS: De buena gana.

Sale don ALONSO

ALONSO: ¿Qué es esto?
INÉS: ¿Esto? Abrazar,
en mi tierra.
MOSCATEL: Ha sido tanta
la alegría de haber visto
que ya esa fiera se ablanda
--La curiosidad perdona,
si he escuchado cuanto hablas--,
que le di a Inés este abrazo
en albricias de la banda.
ALONSO: Toma, Inés, este papel
que le has de dar a tu ama,
y para ti este diamante.
INÉS: ¡Vivas edades más largas
que...! Claro está que es el fénix
suegra mentira de Arabia.

Vase INÉS

MOSCATEL: ¿Diamante la diste?
ALONSO: Sí.
MOSCATEL: ¿Y de balde?
ALONSO: ¡Qué ignorancia!
MOSCATEL: Mil me lleven diablos hoy
heréticos, si no amas
a Beatriz.
ALONSO: ¿En qué los ves?
MOSCATEL: En que das sin esperanza.
No está en uso, ni está en rueca.
ALONSO: Quien agradece no ama,
y yo estoy agradecido,
no enamorado.
MOSCATEL: Esto basta,
que en el infierno de amor,
dicen que tiene más almas
la virtud, de agradecidas,
que no los vicios, de ingratas.
Y así, hagamos, señor, cuentas,
que no he de quedar en casa.
ALONSO: ¿Por qué, Moscatel?
MOSCATEL: Porque
amo no quiero que ama,
y que no me acuda a mí
por acudir a su dama.

ALONSO: Bien el haberte sufrido
tantas locuras me pagas.
MOSCATEL: Esto ha de ser.

Sale don JUAN

JUAN: ¿Qué ha de ser?
ALONSO: Irse quiere de mi casa.
JUAN: ¿Por qué, Moscatel?
MOSCATEL: Porque
ha hecho la mayor infamia,
la mayor ruindad, mayor
bajeza, mayor...
JUAN: ¡Acaba!
¿Qué ha sido?
MOSCATEL: ¡Hase enamorado!
Mira se tengo harta causa.
ALONSO: En esta locura ha dado
por haber visto con cuánta
fineza sirvo a Beatriz
por vuestro amor.
JUAN: A Amor gracias...
ALONSO: ¿Cómo?
JUAN: ...que ya de ese empeño
libre estáis, como se acaba
hoy mi amor.
ALONSO: Pues, ¿y Leonor?
JUAN: Leonor de mi pecho falta,
que como Amor es Fortuna,
sujeto vive a mudanzas.
¿Vuestra amada, don Alonso?
ALONSO: Yo no he ni de hablarla
ni de verla en mi vida.
Pues, ¿volveré yo a su casa
y a su calle a hablarla y verla,
por la tarde y la mañana,
siendo yo el descalabrado,
y vos, la cabeza sana,
no lo haréis?
JUAN: No, porque herida
más penetrante y tirana
son mis celos, porque son
mortal herida del alma.
ALONSO: Pues troquemos las heridas,
que yo primero tomara,
sea mortal o venial,
tener hoy descalabrada
el alma que la cabeza,
y esto bien claro se saca
del efecto, pues si curan
en falso una herida, mata,
y a los celosos da vida
cualquier cura, aunque sea falsa.
JUAN: En fin, don Alonso, sea
con poca o con mucha causa,
no he de volver a poneros

en la confusión pasada.
ALONSO: Ni por mí habéis de dejarlo,
que a mí no se me da nada.
JUAN: Por mí lo dejo, y por vos,
porque vuestra herida basta.
ALONSO: De una herida no escarmientan
caballos de buena casta.
JUAN: ¿Yo me volveré a llegar
allá? ¡Suerte excusada!
ALONSO: Pues cuando por vos no sea,
por ver si a saber se alcanza
quién me ha herido, he de volver.
JUAN: Cuando importe a vuestra fama
desde acá fuera podremos
hacer diligencias varias.
ALONSO: Yo más pretendo, don Juan,
buena opinión con las damas
que con los hombres, y no
es bien que mujer tan vana
como Beatriz, de mí piense...
JUAN: Yo sabré desengañarla
de todo.
ALONSO: Don Juan, don Juan,
hablemos verdades claras;
yo he de ir a ver a Beatriz.
MOSCATEL: ¡Hablara para mañana!
¡Y dirá que miento yo!
JUAN: Si eso os importa, ¿qué os falta?
Id vos muy en hora buena.
ALONSO: ¿Cómo, sin que las espaldas
me guardéis vos y Leonor?
JUAN: Yo no he de volver a hablarla.
ALONSO: Esto habéis de hacer por mí;
que no es cosa tan extraña,
por hacer tercio a un amigo,
volver a hablar a una dama.
JUAN: Por vos, don Alonso, haré
lo que en mi vida pensaba.
MOSCATEL: ¿Qué os andáis haciendo puntas,
nobles de capa y espada,
si ambos deseáis ir a verlas?
Y no hay cosa más usada
que ser amancebamientos
en los estrados y salas,
ad perpetuam rei memoriam
litigados, y se hallan
contra los celos fiscales
dos amigos y dos damas,
porque cuando el uno riñe,
el otro las paces trata.
JUAN: Ahora bien, por vos iré;
mas mirad, antes que vaya,
que hay alacena.
ALONSO: ¿Qué importa?
MOSCATEL: Que hay balconazo.
ALONSO: ¡Que haya!
MOSCATEL: Que hay cuchillada.

ALONSO: Eso no;
fuera de que si amor traza
que por sola una mentira
me sucedan cosas tantas,
vengan ya, por ser verdades,
alacena y cuchilladas.

Vanse. Salen don DIEGO y don LUIS

DIEGO: Ya sabréis la voluntad
con que siempre os he servido.
LUIS: Conozco vuestra amistad,
y sé, don Diego, que ha sido
con fineza y con verdad.
DIEGO: Pues no me tengáis a exceso
una reprensión.
LUIS: No haré.
DIEGO: Aquel pasado suceso...
LUIS: Queréisme decir que fue
locura, ya lo confieso;
porque haber a un hombre herido
que conmigo no ha tenido
lances de competidor
no trae disculpa mejor,
Diego, que no haberla habido.
Fuerza es remediarlo, pues
quien lleva ya en sus recelos
..... [--és]
perdido el miedo a los celos,
no se le tendrá después.
DIEGO: Y ahora, ¿qué habéis de hacer
de lo que ya se trató?
Pues es cierto que a saber
vuestros intento llegó
don Pedro.
LUIS: ¿Qué hay que temer?
Deshácese un casamiento,
siendo santo sacramento,
después que se efectüó,
¿y no lo desharé yo
sin efectüarle?

Sale don PEDRO

PEDRO: (Atento **Aparte**
a este hielo que me abrasa,
a esto, que me hiela, ardor,
a lo que en mi agravio pasa,
y al respeto de mi honor,
salgo tan tarde de mi casa.
A don Luis pretendo hablar,
que mejor es acabar
de una vez con mi recelo,
que no esperar que un mozuelo
que es fábula del lugar

se me atreva. Él viene aquí.
¡Cuánto de verle me alegro
galán y noble! Éste sí.

DIEGO: Vuestro suegro viene allí.

LUIS: Pues huyamos de mi suegro.

PEDRO: ¡Señor don Luis! Informado
de deudos vuestros he estado
de que honrar habéis querido
mi casa, y agradecido
como es justo, os he buscado
para mostrar cuánto estoy
ufano de merecer...

LUIS: Señor don Pedro, yo soy
el que las dichas de ayer
tiene por disculpas hoy.
Confieso que me atreví
a tanto empeño, y que fui
venturoso en tanto empeño,
pues ser de estas honras dueño
por lo menos merecí.
Pero soy tan desdichado,
aun con las dichas, señor,
que para tomar estado,
un nuevo empeño de honor
lo ha deshecho y lo ha estorbado.

PEDRO: ¿De honor empeño (¡ay de mí!)
os retira de esto?

LUIS: Sí.

PEDRO: Pues ¿cómo? ¿En qué (¡estoy mortal!)
puede a Beatriz estar mal?

LUIS: Que no lo entendáis así,
que de vuestro enojo ha sido
el honor mal entendido.
Vos de mis disculpas no...

PEDRO: ¿De qué suerte?

LUIS: Porque yo,
señor, habiendo sabido
que su majestad --que el cielo
guarde por sol de esta esfera,
por planeta de este suelo--,
con su católico celo
sale aquesta primavera,
y sabiendo cómo hacía
gente un señor de quien fui
deudo, por ventura mía,
que me honrase le pedí
con alguna compañía.
Hámela dado. Éste ha sido
el empeño que he tenido
para no tomar estado,
que el que es marido y soldado,
no es soldado o no es marido.
Si yo volviese, señor,
entonces con más valor
me podéis hacer feliz,
porque hoy casar con Beatriz
no le está bien a mi honor.

Vanse don DIEGO y don LUIS

PEDRO: "Porque hoy casar con Beatriz..."
¡Válgame el cielo! ¿Qué ha sido
lo que he visto, lo que he oído?
Poco siento, ¡ay infeliz!
No me deja mi sentido...
Pero afligirme es error;
si en aquel caso consiste
su honor, miente mi temor,
que en fin, cuanto piensa un triste
siempre ha de ser lo peor.

Vase. Salen BEATRIZ e INÉS

BEATRIZ: Inés, ¿cómo el papel tomaste?
INÉS: Como
todo cuanto me dan, señora, tomo.
BEATRIZ: Sin duda le dirías
que de mi parte ibas.
INÉS: Desconfías
de mí sin causa, porque yo he callado
que era tuya la banda, y el recado
callé por tu respeto,
como suelo callar cualquier secreto.
BEATRIZ: Pues, Inés, ¿a qué efeto,
si es así, me has traído
papel?
INÉS: (¡Vive el Señor, que me ha cogido!
Aparte
Mas yo me soltaré). Que le trajera,
me dijo, y que si acaso hallar pudiera
ocasión, te le diese.
Yo lo tomé porque de mí creyese
cuán de su parte estaba;
que, puesto que una banda le llevaba
hurtada, que era tuya, bien creería
que un papel, que es más fácil, te traería.
BEATRIZ: Esta satisfacción algo me agrada.
INÉS: (Aqueso es dar satisfacción honrada).
Leonor, señora, viene.

Sale LEONOR

BEATRIZ: Pues, que el papel me vea, no conviene.

Vase BEATRIZ

LEONOR: Bien pudiera yo agora
decir con mayor causa --¿quién lo ignora?--
¿qué idioma fue misivo el que en lineado
papel ocultas en tu manga ajado?
BEATRIZ: Y yo también pudiera
decir que en vano preguntarlo fuera,
pues quien saber no quiere
lo que quiero decir, saber no espere
lo que callarle quiero.
LEONOR: ¡Inés, Inés!
INÉS: ¿Pues no por hablar muero?
LEONOR: Inés, oyes, ¿qué ha sido
este papel?
INÉS: ¡Qué poco te he debido!
¿No aguardaras siquiera
a que sin preguntar te lo dijera?
Que se me hace conciencia, te prometo,
la pregunta llevar, pero ¡un secreto!

Al paño BEATRIZ

BEATRIZ: Mal segura, escuchar desde aquí quiero
qué hablan las dos.
INÉS: Fui a verle, y lo primero
le dije que Beatriz me lo mandaba.
LEONOR: Bien hiciste.
BEATRIZ: Yo mal, pues me fïaba
de crïada. ¡Ay, Leonor, que en ellas anda!
INÉS: Lo segundo, en su hombre di la banda.
BEATRIZ: ¡Ay, infeliz! ¿Qué he oído?
LEONOR: En esa cuadra hay ruido.
INÉS: Don Juan es el que ha entrado.
LEONOR: Pues, ¿cómo, si de aquí se fue enojado,
diciendo que en su vida no me había
de ver?
INÉS: ¡Que estés tan nueva todavía
que no sepas que cuando está un amante
diciendo más furioso y arrogante
"No he de volver a verte, ingrata bella"
es cuando muere por volver a ella!
BEATRIZ: Ya que a escuchar mis penas he empezado,
acabe de escucharlas mi cuidado.

Salen don JUAN, don ALONSO y MOSCATEL

JUAN: Pensarás que me han traído
a verte, Leonor, y hablarte
mis celos, porque los celos
--perdona el civil lenguaje--
son ordinarios de amor,
que así llevan como traen.
Pues no, Leonor, no he venido
para que me desengañes,
porque el desaire de amor
es hablar en el desaire.

Con otra ocasión he vuelto
a pisar estos umbrales,
porque nunca les faltó
ocasión a los pesares.
Don Alonso, a quien tú hiciste
de Beatriz fingido amante,
desairado de tu casa
salió con el primer lance,
tanto, que porque no piensen
de Beatriz las vanidades
que el no volver aquí es
de escarmentado y cobarde,
me ha pedido que le traiga
a verla. ¿Cómo negarle
puedo yo lo mismo a él,
que él no me negó a mí antes?

BEATRIZ: ¡En notable obligación
estoy, cierto, a estos galanes!

JUAN: Él viene, Leonor, a esto;
y porque en aquesta parte
nunca piensen mis desdichas,
nunca sospechen mis males,
nunca imaginan mis penas
que fue gana de buscarte,
en la calle me estaré
en tanto que a Beatriz hable
y de este escrúpulo leve,
y de esta malicia fácil
desempeñe su opinión,
su crédito desengañe.
Don Alonso, entrad, y pues
ya el sol, helado cadáver,
agonizando entre sombras,
en brazos de noche yace,
hablad a Beatriz, y ved
que aquí don Pedro no os halle.

LEONOR: Aguarda, don Juan, espera.

JUAN: ¿Qué quieres, Leonor, que aguarde?

LEONOR: Desengaños.

JUAN: Son en vano.

LEONOR: Disculpas.

JUAN: Serán en balde

Vase don JUAN

LEONOR: Tras él iré, don Alonso;
luego vuelvo. Perdonadme,
pues en cualquiera suceso,
todo lo que es me era antes.

Vase LEONOR

ALONSO: ¿Mas que me voy sin hablar
a Beatriz?

MOSCATEL: ¿No dirás mas que

nos vemos en otro aprieto
al pasado semejante?
ALONSO: Inés, dime dónde está,
para que entretanto le hable,
Beatriz.

Sale BEATRIZ

BEATRIZ: Aquí está Beatriz,
escuchando los ultrajes
de una vil hermana, de un
falso amigo, de un infame
crïado, una criada aleve,
y de un cauteloso amante,
porque entre Leonor, don Juan,
Inés y Moscatel halle,
si no consuelo a mis penas,
disculpa a mis disparates.
Y aunque pudiera de tantos
agravios, tantos pesares,
tantas ofensas y tantas
bajezas vuestras quejarme,
viendo que contra mí todos
el falso motín firmasteis,
porque en la corte del alma,
donde en pacíficas paces
reina el desdén, nunca tiene
el amor comunidades,
sólo en esta parte intento,
sólo quiero en esta parte,
como quejosa, ofenderme,
como ofendida, quejarme,
del mayor de mis agravios
y no el menor de mis males;
porque en las mujeres es
el más sensible desaire
que las ame la mentira
y no la verdad las ame.
¿Tan pocas las partes son
de mi hacienda y de mi sangre?
¿Tan pocas de mi persona
--decirlo tengo--, las partes
que hay, que si un hombre hubiera
que atrevido me mirase,
fuese con fingido amor?
¡Quiéreme a mí por burlarme,
a mí por...!
ALONSO: Beatriz hermosa,
si de todos tus pesares
sales tan airosa como
de ése, que más sientes, sales,
fácil es el desengaño.
BEATRIZ: ¿Cómo el desengaño es fácil,
cuando el quererme es por burla?
ALONSO: Si atiendes, con escucharme:

Tal vez por burla se atreve
uno al mar, sin que presuma,
viéndole jardín de espuma,
viéndole selva de nieve,
que hay peligro en él, y, en breve,
selva y jardín son horror.
Mar es amor en rigor;
luego en placer y en pesar,
si no hay burlas con el mar,
no hay burlas con el amor.
Tal vez, por burla o ensayo,
polvorista artificial
hace un rayo material,
y forja contra sí el rayo,
cuando con mortal desmayo
muere a su violento ardor.
Rayo es amor en rigor
contra su artífice; luego,
si no hay burlas con el fuego,
no hay burlas con el amor.
Tal vez desnuda un amigo
la espada para esgrimir
con otro, y le viene a herir
como si fuera enemigo;
su destreza es su castigo,
y así, usar de ella es error.
Espada amor en rigor
es, luego; desenvainada,
si no hay burlas con la espada,
no hay burlas con el amor.
Tal vez por burla, mirando
doméstica y mansa ya
una fiera, un hombre está
con ella, Beatriz, jugando;
cuando más la halaga blando,
volver suele a su furor.
Fiera es amor, en rigor,
luego, si ya lisonjera,
no hay burlas con una fiera,
no hay burlas con el amor.
Por burla al mar me entregué,
por burla el rayo encendí,
con blanca espada esgrimí,
con brava fiera jugué;
y así, en el mar me anegué,
del rayo sentí el ardor,
de acero y fiera el furor;
luego, si saben matar
fiera, acero, rayo y mar,
no hay burlas con el amor.

BEATRIZ: A ese argumento...

Sale INÉS de prisa, alborotada, y LEONOR

LEONOR: ¡Ay de mí!

Huyendo salió a la calle
don Juan, y cuando le daba
voces, vi entrar a mi padre.
Esconder me importa agora...

BEATRIZ: No, Leonor, porque ya es tarde;...

LEONOR: ...a don Alonso.

BEATRIZ: ...que hoy
ha de saber cuanto pase
mi padre, pues tus engaños
se han de saber.

LEONOR: Cuando trates
tú decirlo, yo sabré
culparte a ti, y disculparme;
y así, puesto que las dos
corremos el riesgo iguales,
iguales, Beatriz, busquemos
el remedio.

BEATRIZ: Por mostrarte
a proceder bien, lo haré,
que es fuerza estar de tu parte.

MOSCATEL: Alacena, como iglesia,
pido.

ALONSO: Eso no haré, que es antes...

INÉS: Él entra ya.

BEATRIZ: Este aposento
hoy de su vista te guarde.

MOSCATEL: ¡Y a mí me guarde también!

ALONSO: (¡Qué pesados son los lances **Aparte**
de amor hijo de familias!)

MOSCATEL: Inés, avisa en la calle
que ya estamos escondidos;
que haya quien nos descalabre.

Escóndense los dos, y sale don PEDRO

PEDRO: ¿Tan tarde, y no han encendido?
Haz tú que unas luces saquen.

INÉS: Ya las tengo prevenidas.

PEDRO: (¡En mi casa tal desaire! **Aparte**
¡A mis ojos tal afrenta!
Cielos piadosos, o dadme
paciencia, o dadme la muerte.

BEATRIZ: Señor, ¿qué tienes?

LEONOR: ¿Qué traes?

PEDRO: Tengo honor, y traigo agravios...
aunque miento en esta parte,
puesto que yo no los traigo;
ellos vienen a buscarme
dentro de mi misma casa.

LEONOR: (¡Ay de mí!) **Aparte**

INÉS: (Todo se sabe). **Aparte**

BEATRIZ: Pues, señor, ¿no me dirás
de qué estos extremos nacen?

PEDRO: De tus locuras, Beatriz;
que ya es fuerza declararme,
viendo que por ti se atreve

hoy un mozuelo arrogante
al honor de aquesta casa.
LEONOR: (Ya no hay cosa que no alcance). **Aparte**
BEATRIZ: ¿Yo, señor?

MOSCATEL aparte al paño

MOSCATEL: Malo va esto.
PEDRO: Sí, pues por ti don Luis hace
desprecios de ella, y de mí.
BEATRIZ: (Convaleciendo va el lance). **Aparte**
LEONOR: (Eso bien, cobré mi aliento). **Aparte**

Sale don JUAN

JUAN: (Un caso bien puede errarse **Aparte**
de una vez, pero de dos
la una no le yerra nadie.
No he de esperar a que cierren
las puertas, y después baje
por el balcón don Alonso.
Remediarlo pienso antes).
Señor don Pedro, si en vos
hoy la amistad de mis padres,
heredada obligación
de mi casa y de mi sangre...
LEONOR: (¿Qué es lo que intenta don Juan?)
BEATRIZ: (Muerta estoy hasta escucharle).
JUAN: ...os obliga en un aprieto
a valerme y ampararme,
de vuestra casa a las puertas
me ha sucedido un desaire
con tres hombres, y me importa
no volver solo a buscarles.
Muy bien sé que puedo a vos
atreverme y declararme,
porque sé que es vuestro pecho
el Etna que dentro arde,
aunque cubierto de nieve.
PEDRO: No paséis más adelante;
que ya sé que es ley precisa
de mi honor y de mi sangre
en esta edad no dejar
a hombre que de mí se vale.
Vamos.
JUAN: En fin, sois quien sois.
(En llevando yo a tu padre,
Leonor, echa a don Alonso).

Habla ALONSO aparte al paño

ALONSO: (Éstos son los que matarme
quisieron. No me está bien
ir con ellos ni quedarme).

PEDRO: Esperad, que ya es de noche,
que de aquesa sala saque
un broquel, prenda olvidada
de mi mocedad.
JUAN: Sacadle
presto.
BEATRIZ: (¡Él se ha empeñado más
Aparte
por donde pensó librarse!)
PEDRO: ¿Quién esta aquí dentro?
ALONSO: Un hombre.

Salen don ALONSO y MOSCATEL

MOSCATEL: Dice bien, porque no es nadie
el otro que está con él.
PEDRO: Don Juan, pues que yo a ayudarte
iba contra tu enemigo,
obligación es más grande
el ayudarme tú a mí,
cuando es la causa más grave.
Este hombre ofende mi honor
y a mí me importa matarle.
ALONSO: Don Juan, de tan grande empeño
la obligación tuya sabes.
Mi vida y las de estas damas
es preciso que yo ampare.

Riñen, y don JUAN en medio

LEONOR: ¡Ay de mí!
BEATRIZ: ¡Infelice soy!
JUAN: ¿Quién vio empeño semejante?
PEDRO: ¿Te suspendes?
ALONSO: ¿Ahora dudas?
PEDRO: Mas soy bastante a vengarme
sin ti.
JUAN: Tente, don Alonso.
Tente, señor.
PEDRO: Pues, ¿tú paces
pones?
ALONSO: Pues, ¿tú contra mí
tan viles extremos haces?

Hablan dentro

LUIS: Cuchilladas hay en casa
de don Pedro.
DIEGO: Más no aguardes;
entremos, don Luis.

Salen don LUIS y don DIEGO

LUIS: ¡Teneos!
PEDRO: Gente viene.
ALONSO: ¡Duro trance!
LUIS: ¿Qué es esto?
PEDRO: Esto es, don Luis
satisfacer el ultraje
que te oí, pues si no está
bien a tu honor el casarte
con Beatriz, al mío está bien
satisfacer y vengarme.
LUIS: Ahí verás que no sin causa
traté yo de disculparme,
que ya, por haber tenido
algún empeño en la calle...
ALONSO: Sin duda que tú me heriste.
LUIS: Es verdad.
ALONSO: Yo he de vengarme.
JUAN: Pues quiere el cielo que así
hoy mis celos desengañen,
viva Leonor en mi pecho.

A don PEDRO

Ya es forzoso que la guarde
contra ti.
PEDRO: Don Juan, don Juan,
en aquesta casa nadie
ha de defender mis hijas
si no es con quien ellas casen.
ALONSO: Esa palabra te tomo.
JUAN: Pues el remedio es tan fácil
yo soy de Leonor.
ALONSO: Y yo
de Beatriz.
PEDRO: Fuerza es que calle;
que, ya sucedido el daño,
nada puede remediarse.
MOSCATEL: En fin, el hombre más libre,
de las burlas de amor sale
herido, cojo y casado,
que es el mayor de sus males.
INÉS: En fin, la mujer más loca,
más vana y más arrogante,
de las burlas del amor,
contra gusto suyo, sale
enamorada y casada,
que es lo peor.
MOSCATEL: Inés, dame
esa mano; si ha de ser
no lo pensemos, y acaben
burlas de amor, que son veras.
ALONSO: No se burle con él nadie,
sino escarmentad en mí;
todos del amor se guarden,
y perdonad al poeta
que humilde a esas plantas yace.

FIN DE LA COMEDIA